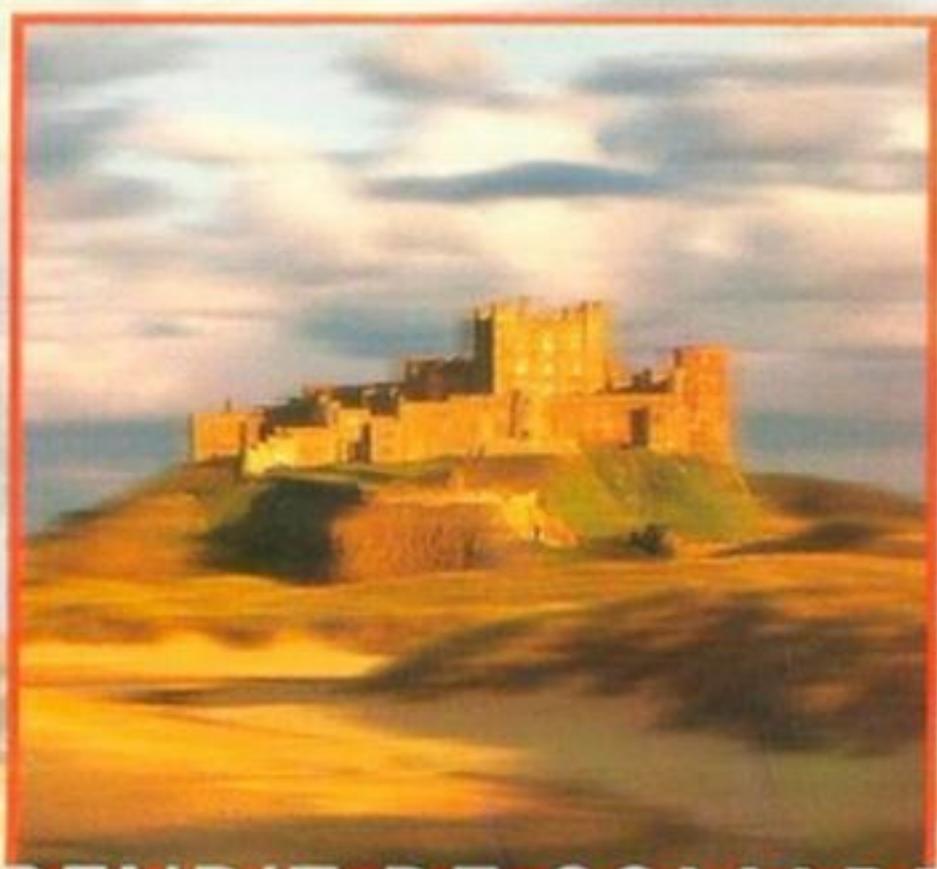


YA SÉ QUÉ QUIERO: LA PANZA LLENA, EL CORAZÓN ALEGRE
Y UN LUGAR EN EL MUNDO.



APRENDIZ DE COMADRONA

KAREN

CUSHMAN

Lectulandia

Nos encontramos a principios del siglo XIV, en una aldea cualquiera de Inglaterra. Aquella helada mañana de invierno, una muchacha duerme enterrada entre un montón de estiércol para procurarse un poco de calor, como un animal herido, indefenso... Cuando abre los ojos, descubre el rostro malcarado de una mujer de nariz afilada que la observa. Es Jane, la comadrona. Así comienza la conmovedora historia de una chiquilla abandonada, sin nombre ni hogar, que gracias a su fuerza de voluntad conseguirá encontrar un lugar en el mundo.

Lectulandia

Karen Cushman

Aprendiz de comadrona

ePub r1.0

Titivillus 18.11.2018

Título original: *The Midwife's Apprentice*

Karen Cushman, 1995

Traducción: Anna Gasol

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.0



más libros en lectulandia.com

El montón de estiércol

En los lugares donde se amontonan excrementos de animales, desperdicios y paja podrida, la descomposición y la humedad desprenden calor. Normalmente, nadie se percata de ello, porque el hedor ahuyenta a los seres humanos.

Sin embargo, la muchacha lo había percibido. Hacía mucho frío aquella noche y escarbó un hueco entre la inmundicia cálida, sin importarle el espantoso olor. Quizá incluso, aquel montón de estiércol olía mejor que otras cosas que debía soportar en su vida: los escasos alimentos que recogía en las basuras y que encontraba en los patios de las cocinas; los establos y las pocilgas en las que dormía cuando le era posible; y, por descontado, ella misma, sucia, desnutrida y despreciada por todos.

Era difícil precisar su edad. Menuda y pálida, con el aire huidizo de los seres que han sido maltratados, su cuerpo escuálido y mal alimentado dejaba entrever a una joven de doce o trece años. Nadie lo sabía a ciencia cierta, ni siquiera ella misma, que no había conocido hogar, ni madre, ni nunca había recibido otro nombre que el de Mocosa.

Alguien, pensaba, la tenía que haber traído a este mundo y al menos la tenía que haber cuidado hasta que empezó a caminar sobre los charcos, y esa persona le habría cambiado los pañales cuando apestaban... Pero hasta donde alcanzaba su memoria, Mocosa había vivido siempre por su cuenta, arreglándoselas sola como mejor podía, a base de robar una cebolla aquí y de ayudar allá en las tareas de recolección a cambio de poder dormir una noche en el suelo del establo. Cogía lo que podía en una aldea y huía antes de que la echaran los vecinos armados con hoces, rastrillos y palos. Una casa caldeada, pan caliente, una madre acunando a su hijito eran imágenes que superaban su imaginación. Su máxima aspiración en la vida era saborear un nabo fresco o dormir en un establo limpio, impregnado del olor de la paja recién cortada, en lugar de soportar el fétido olor de los cerdos, que se tiran pedos cuando comen en exceso.

Esa noche se conformaba con el calor pútrido de un montón de estiércol. Con nada soñaba, porque nada esperaba. Su interior era tan gélido y negro como la helada noche.

Con el amanecer llegó la lluvia, que hacía el frío más tolerable, pero Mocosa también sintió una patada en el estómago. Hambre. Era la sensación que Mocosa odiaba más. ¿O era peor el frío? Sabía que el hambre y el frío amargaban su vida, la

desvelaban y la obligaban a caminar y a trabajar sin otro objetivo que detener el dolor.

—¡Escarabajo pelotero! ¡Escarabajo pelotero! ¡Asqueroso escarabajo pelotero que duerme en el estiércol!

Niños. En todas las aldeas había niños que la molestaban, la insultaban, la pisaban, le pegaban. Siempre se trataba de los chicos más debiluchos, o los más feos, o los más sucios, o los más estúpidos, muchachos perseguidos por todos, que no tenían a nadie más feo o más estúpido a quien molestar que a ella. Por eso se reían de ella y la maltrataban. En todas las aldeas. Siempre. Cerró los ojos.

«Venga ya, marchaos», pensó. «Estáis ensuciando el camino y me mancharé mis zapatos nuevos de cuero español. ¡Fuera!».

—¡Eh, muchacha! ¿Estás viva o muerta?

Mocosa abrió un ojo. Una mujer, ni joven ni vieja, de edad indefinida, la miraba. Una mujer ni gorda ni flaca, de aspecto importante, de nariz afilada y mirada de acero, que llevaba un griñón almidonado en la cabeza con los pliegues bien marcados.

—Bien —dijo la mujer—. Veo que no estás muerta. No hace falta llamar al alguacil para que te saquen. Sal del estiércol y vete.

El dolor agudo de su estómago llenó de atrevimiento a Mocosa.

—Por favor, ¿podría comer algo antes?

—No queremos pordioseros en esta aldea. ¡Fuera!

—Por favor, señora, ¡deme algo para comer!

—Cada uno se gana lo que come.

Mocosa abrió el otro ojo para mostrar su ilusión y energía.

—Trabajaré, señora. Soy más fuerte y lista de lo que aparento.

—Ya veo que eres lo bastante lista para aprovechar el calor que desprende el montón de estiércol. ¿Qué sabes hacer?

—Cualquier cosa, señora, y... no como mucho.

La afilada nariz de la mujer olió el hambre de la chiquilla, un hambre que podía utilizar para sus propios intereses.

—Levántate, muchacha. Pareces uno de esos asquerosos escarabajos que anidan en los excrementos. Levántate, Escarabajo. Intentaré encontrar algún trabajo para ti.

Así, Mocosa pasó a ser Escarabajo. Se levantó y la arisca mujer encontró un trabajo para ella, y la premió con un trozo de pan seco y media jarra de cerveza agria, que le supieron tan bien a la muchacha que durmió otra noche en el montón de estiércol, esperando obtener más trabajo y más pan a la mañana siguiente. Y, efectivamente, tuvo trabajo: fregando el suelo sucio de la casa de aquella señora, lavando su ropa en el río y transportando sus fardos a las casas de los campesinos que esperaban un crío. Porque la arisca señora era comadrona.

Escarabajo adquirió pronto un nombre nuevo, el de aprendiz de comadrona, y un sitio donde dormir que olía mejor que el montón de estiércol, aunque no era tan

caliente.

El gato

A Escarabajo le gustaba mirar al gato cuando se desperezaba al sol, y cuando se peinaba la barriga con la lengua, y cuando mordía los cardos y rastrojos que quedaban entre sus patas. No se atrevía a acercarse a él porque le daba miedo. Pero desde la distancia, había descubierto que tenía una manchita blanca y brillante bajo la barbilla, que destacaba en su piel anaranjada y sucia; que tenía una oreja partida a causa de un mordisco; y que uno de sus bigotes miraba hacia arriba y el otro hacia abajo, lo que le daba un aire juguetón y alegre.

A veces le dejaba trocitos de pan o de queso junto a la cerca que había al lado del río, donde lo había visto por primera vez; no lo hacía a menudo, ya que la comadrona era generosa a la hora de darle trabajo pero avariciosa a la hora de las recompensas, y la muchacha nunca iba sobrada de comida.

Una vez, encontró una camada de ratoncillos que habían muerto congelados y los dejó en la cerca para el gato. Pero le dolía imaginar sus cuerpecillos sin pelo entre las poderosas mandíbulas del gato, así que finalmente los enterró bien hondo en el montón de estiércol y dejó que el gato se dedicara a la caza.

Los molestos muchachos de la aldea que se burlaban de ella también molestaban continuamente al gato, pero el gato solía ser más rápido y listo que ellos, y siempre escapaba. Ella, en cambio, tenía que soportar sus pellizcos, empujones y escupitajos en silencio, sin oponer resistencia, porque eso podría inspirarles tormentos mayores. Los evitaba siempre que podía, a ellos y a todo el mundo; se escondía de todos, se escabullía por caminos secretos y recónditos con la cabeza gacha y la espalda encorvada.

Una mañana soleada, se dirigió a la cerca con un trozo de pan robado en el bolsillo, para comérselo, y un pedacito de queso rancio para compartirlo con el gato. Los chicos ya estaban allí y tenían al gato sujeto por la cola. Sus silbidos y chillidos resultaban un sonido infernal para Escarabajo, que se tapó los oídos.

—Mételo dentro del saco, Jack —gritó uno de los chicos—. Ahora veremos si un gato es más fuerte que una anguila.

Y saco, gato y anguila fueron a parar al río.

Escarabajo estaba escondida, más atemorizada ante la posibilidad de atraer sobre ella la atención de los muchachos, sus burlas y ataques, que por la pérdida del gato.

Al poco rato, el saco, que se movía sin parar, se hundió en el agua, repleta de cañas, y todo quedó en silencio.

—Tenías razón, Jack. La anguila ha vencido al gato y lo ha arrastrado al fondo.

Y el muchacho de la nariz llena de mocos entregó dos manzanas al de los dientes rotos, y juntos regresaron a los campos.

Escarabajo esperó bastante tiempo antes de salir de su escondite. Se dirigió a la orilla, llena de barro. Con la ayuda de una rama arrancada de un sauce que había al lado, buscó entre las cañas, en el lugar donde el saco se había hundido, ampliando los círculos cada vez más. Finalmente, cerca de la orilla, casi fuera del agua, encontró el saco, mojado y quieto.

Lo sacó del agua, se sentó en cuclillas y observó. Nada. Lo pinchó con la rama. Nada.

—Gato —preguntó—, ¿estás ahí? Yo abriría el saco y te dejaría salir, pero la anguila me da mucho miedo. ¿Gato?

Dio un puntapié al saco con los pies desnudos. Nada. Dejó el saco y empezó a andar en dirección a la aldea. Volvió atrás. Lo dejó de nuevo y se alejó. Volvió sobre sus pasos por tercera vez...

—¡Qué te lleve el Diablo, gato! —chilló—. Me da muchísimo miedo abrir este saco, pero no puedo dejarte ahí.

Con una piedra afilada, cortó el saco y corrió a esconderse detrás de un árbol. Una brillante anguila marrón asomó la cabeza; su mirada parecía la del mismísimo Diablo. Se deslizó hacia el riachuelo. El saco volvió a quedar inmóvil de nuevo.

Escarabajo no le quitaba el ojo de encima. Nada. Se acercó de puntillas. Nada. Un movimiento repentino la hizo volver corriendo al árbol. Después, nada otra vez. Volvió, poco a poco, a acercarse y encontró al escuálido y piojoso gato anaranjado, atado dentro del saco mojado. Con cuidado, lo desató y estiró de él fuera del saco por las patas delanteras.

—¿Qué te juegas, gato, a que consigo hacerte vivir?

Rompió un pedazo del harapo que ella llamaba falda, lo envolvió con fuerza y corrió a través de su ruta secreta hacia la aldea. Cavó un agujero en el montón de estiércol y dejó al gato allí.

Si Escarabajo hubiese conocido alguna oración, habría rezado por el gato. Si hubiese conocido alguna dulce canción, se la habría cantado. Si hubiese conocido palabras amables y arrullos, se los habría susurrado. Pero lo único que ella conocía eran juramentos e insultos.

—¡Maldito gato, respira! ¡Vive, bestia infestada de moscas, o te mataré con mis propias manos!

El gato permaneció echado sin moverse en su agujerito del montón de estiércol durante todo el día. Escarabajo consiguió encontrar tiempo libre entre sus tareas para ir a verlo a menudo y asegurarse de que aún respiraba. En dos ocasiones le dejó pedacitos de queso, que el gato no probó.

Cuando regresó después de la cena, a la caída del Sol, mientras la niebla empezaba a levantarse, el gato había desaparecido y el queso con él. No quedaba

nada más en el agujero que el harapo de su vestido y unas hebras del saco, que debían de haberse desprendido de su piel al peinar su pelo antes de perderse en la noche.

Dos días más tarde (el día de Nuestra Señora, gran fiesta en la aldea, aunque no para Escarabajo, porque la comadrona no da de comer a quien no trabaja, aunque fuera la fiesta de Nuestra Señora), el gato volvía a estar sentado en la cerca, lamiéndose la mancha blanca para blanquearla todavía más, esperando a Escarabajo y su trozo de queso. Finalmente, Escarabajo apareció, y se sentaron y comieron queso juntos para celebrar el día de la Virgen, y Escarabajo le contó todo lo que recordaba de su vida antes de encontrarle a él. Después, se quedaron dormidos al sol.

La comadrona

Se llamaba Jane. Y todo el mundo la conocía por el nombre de Jane, la comadrona. Debido a su afilada nariz y su aguda mirada. Escarabajo siempre que pensaba en ella la designaba como Jane, la cuchillo.

Jane, la cuchillo, se convirtió en comadrona porque había parido seis hijos (ninguno vivía), iba a misa los domingos y poseía unas manos fuertes con las uñas limpias. Hacía su trabajo con energía y destreza, aunque sin mostrar nunca compasión ni alegría ni una atención especial. Era la única comadrona de la aldea. Tener a Escarabajo a su servicio le proporcionaba mano de obra barata y una aprendiz demasiado torpe y miedosa para hacerle la competencia. Eso es lo que le convenía a la comadrona.

Escarabajo dormía en el suelo de la casa y comía dos veces al día, a base de cebollas, nabos, manzanas secas, queso, pan y, alguna vez, un trocito de tocino. Eso es lo que le convenía a Escarabajo.

Así pues, Escarabajo continuaba trabajando para la comadrona cuando llegó la primavera y aparecieron nuevos brotes en las ramas desnudas de los árboles y arbustos, mientras los aldeanos empezaban a preparar los campos llenos de barro para las cosechas del verano. En alguna ocasión Escarabajo temió que Jane, la cuchillo, fuera realmente una bruja, porque hablaba sola e incluso, una vez, un cubo de leche se cuajó a su paso; pero en general pensaba que era exactamente lo que aparentaba: una mujer ni joven ni vieja, ni gorda ni flaca, con la nariz afilada y la mirada de acero, que vestía un grñón almidonado con los pliegues bien marcados.

Por las mañanas, Escarabajo encendía la lumbre, soplando el rescoldo de la noche anterior para que las ramitas nuevas se prendiesen. Limpiaba el suelo sucio de la casita, lo regaba y lo pisaba para que se mantuviera prieto. Freía el tocino, lavaba cuencos y cuchillos, y esparcía un veneno para acabar con las moscas. Limpiaba de polvo las estanterías, llenas de jarras, frascos, botellas y botas de piel que contenían indistintamente excrementos de dragón y orejas de rata, hígado de rana y cenizas de sapo, jalea de caracol, hojas de borraja, zumo de ortigas y corteza de arraclán en polvo.

Por las tardes, Escarabajo se alejaba de la aldea y se dirigía al bosque, donde cazaba pájaros, cogía miel, hierbas diversas, sanguijuelas y telas de araña. El gato iba con ella.

Cuando las avisaban, acompañaba a la comadrona allí donde hubiera una mujer a punto de dar a luz, siempre que dicha mujer pudiese pagar el servicio con una moneda de plata, con una pieza de tela de hilo o con la mejor gallina ponedora del corral. Escarabajo cargaba con el cesto, en el que llevaba ropa limpia, hierbas y semillas de aguileña para adelantar el parto, telarañas para cortar las hemorragias, brionia y dulcamara para aliviar y limpiar a la madre, barbas de cabra para hacer que le subiese la leche y té de salvia por si tenía demasiada, una piedra de jaspe que servía como amuleto contra la mala suerte, y muérdago y hojas secas contra las brujas.

Escarabajo esperaba fuera mientras la comadrona ejercía su magia en el interior de la casa. La primera vez que las llamaron, Escarabajo intentó entrar, pero Jane le arreó un bofetón, la llamó mala bestia y maloliente cerebro de mosquito, y la hizo esperar fuera para que no molestara.

Normalmente le pedía que entrara cuando tenía que limpiar el camastro de paja y le mandaba lavar las sábanas mientras Jane, la cuchillo, y la nueva madre bebían sorbitos de crisantemo y nuez moscada disuelta en cerveza caliente, para bajar la fiebre; incluso una vez tuvo que ir a casa a preparar un poco de jarabe de pasas negras para contrarrestar la altísima fiebre de una madre primeriza. Escarabajo empezó a pensar que Jane la dejaba fuera no por estúpida o inútil, sino para mantener su ignorancia sobre las habilidades y hechizos de la comadrona. Estaba en lo cierto.

A medida que el tiempo mejoraba y se hacía cálido, los vecinos comenzaron a cavar largos surcos en el campo para recolectar el grano. Escarabajo se ocupaba cada vez más de recoger las hierbas y preparar los brebajes, mientras Jane, la cuchillo, se dedicaba a regatear sus honorarios. En dos ocasiones la comadrona se negó a ayudar a unas madres pobres que no tenían con qué pagar y que se vieron obligadas a traer a sus hijos al mundo con la única ayuda de una vecina.

La avaricia de la comadrona disgustaba a los aldeanos. Pero como estaban obligados a utilizar sus servicios, no descargaban su malestar sobre Jane, sino sobre su aprendiz, a quien nadie necesitaba. Escarabajo soportaba su mal humor y sus reproches en silencio y sólo se quejaba delante del gato, que la escuchaba y a veces restregaba la cabeza en sus piernas en señal de simpatía.

Con la primavera, llegaron los vientos suaves, creció la hierba en los prados y los aldeanos se pusieron a sembrar guisantes y cebada. Los niños de la aldea seguían a los labriegos y se encargaban de tirar piedras a los hambrientos pajarillos que intentaban comerse las semillas. Jack y Wat también le tiraban piedras a Escarabajo y al gato que la seguía, hecho que provocaba las risas de todo el mundo. Escarabajo era sólo la ayudante estúpida de la comadrona y no había que preocuparse por ella.

Un día, poco antes del uno de mayo, Kate, la hija del tejedor, cayó al suelo y anunció que iba a dar a luz en aquel preciso momento. Su padre, Robert, el tejedor, y su marido, Thomas, el tartamudo, intentaron llevarla a casa, pero ella chillaba y se

retorcía de tal manera que no quedó más remedio que apilar un poco de paja fresca a modo de lecho y llevar a la comadrona al campo.

Jane, la cuchillo, miró a la joven, acordó la retribución con Thomas y se arremangó. Envío a Escarabajo a casa a preparar el cesto con todo lo necesario.

—No tires ni olvides nada, cerebro de mosquito. Y no pierdas el tiempo.

Escarabajo cogió varias botellas de la estantería y algunos racimos de hierbas secas de las vigas, sorprendida de cuánto sabía, pues era capaz de reconocer los jarabes, los polvos, los ungüentos y las hierbas con sólo mirarlos y olerlos. Por supuesto la comadrona no sabía escribir para ponerles etiquetas, ni Escarabajo habría podido leerlas.

Kate estaba en el campo en plena faena, aunque ni labraba ni sembraba ni quitaba los hierbajos. Su trabajo era intentar traer un hijo al mundo. Mientras Escarabajo observaba la escena, Jane zarandeaba a Kate sobre sus rodillas y le gritaba:

—Empuja, vaca. Si un animal puede, tú también.

Y Kate empujaba, mientras Jane, la comadrona, ayudaba al bebé a salir del cuerpo de su madre y lo colocaba en sus brazos. Aquello hizo recordar a Escarabajo la vez en que sacó al gato del saco. Por unos segundos, perdonó a la comadrona toda su dureza, deslumbrada por la magia de sus encantamientos y su habilidad milagrosa.

A partir de ese momento, Escarabajo siempre espiaba a través de las ventanas cuando llamaban a la comadrona. Así aprendió que ayudar a parir era un trabajo duro, en el que el sentido común y los ánimos ayudaban tanto como los encantamientos y la magia.

La mujer del molinero

De repente, se encontraron con que ya era verano. Las hojas habían brotado en los árboles y arbustos que rodeaban la aldea, las flores adornaban los bordes de los caminos, el patio de la iglesia y hasta el pelo de las jóvenes que paseaban por el camino en dirección a la plaza. Todo parecía florecer, incluyendo la humilde casa de la comadrona, inundada de pan: pan tierno de trigo para el almuerzo, pan moreno de avena para la cena y panecillos con corteza crujiente para mojar en la cerveza fresca durante las cálidas mañanas del verano. Hasta Escarabajo compartía esta súbita abundancia de pan sin preguntarse la razón. Finalmente, al no tener que ocupar su mente en cómo llenar el estómago, la ocupó en pensar. Y tropezó con el misterio de la repentina abundancia de pan. ¿De dónde procedía? ¿Cómo? ¿Por qué?

Pensando, observando y siempre con el oído alerta, se dio cuenta de que la comadrona se ocupaba de unos encargos bastante misteriosos.

—Escarabajo, voy al molino a moler mi avena. Tritura esas hierbas amargas y pon a hervir el jarabe de hiel mientras estoy fuera.

Y salía sin la avena.

O decía:

—Escarabajo, voy a acercarle el tónico de consuelda a Joan, la del puente. Termina de hervir la grasa de oca para los ungüentos.

Y salía sin el tónico de consuelda.

O bien:

—Escarabajo, voy a dar de comer a las gallinas. Cuela el té de ortiga y mételo en frascos limpios.

Y se marchaba, aunque Escarabajo sabía perfectamente que la última gallina había servido para hacer sopa unas semanas antes y que el corral estaba absolutamente vacío, a menos que algún perro hambriento buscara algo de comer en él.

Sorprendida por este comportamiento poco frecuente. Escarabajo empezó a seguir a la comadrona cuando salía a hacer estos encargos. Se escondía tras los árboles y bajo las cercas, vigilando que no la viesan, con el gato pegado a sus talones; de manera que comadrona, muchacha y gato parecían una procesión del día de Corpus Christi de camino hacia el patio de la iglesia. Todas las veces en que la siguió, la comadrona se internó en un campo cerca del Camino Viejo del Norte y, como Escarabajo temía acercarse demasiado, no fuera a ser descubierta, todas las veces se

quedó sin ver qué ocurría en el campo y qué relación podía tener con el asunto del pan.

Una clara mañana, tres días antes de la noche de San Juan, Escarabajo dijo:

—Señora, Meg, la de la lechería, ha pedido un poco de unguento de grasa de oca, porque con su embarazo le duelen las piernas y dice que nada la alivia tanto como vuestro unguento de grasa de oca. Os pagará con cuatro huevos y un cuenco de manteca.

La comadrona, satisfecha por las alabanzas y por la paga, envió a Escarabajo a llevar el encargo, sin ordenarle que regresara en seguida ni encargarle nada para la vuelta.

Escarabajo corrió a la lechería, lanzó el unguento a Meg, agarró los huevos y la manteca, se los ató a la falda y corrió por su camino secreto hacia el campo del Camino Viejo del Norte. Colocó los huevos y la manteca en el hueco de un tronco y se subió a un árbol desde el cual dominaba todo el campo. Poco después, llegó Jane, la cuchillo, procedente de la aldea y, por el otro camino, con un cesto lleno de pan recién cocido y todavía humeante, venía el panadero. Jane, la cuchillo, y el panadero empezaron a abrazarse y a besarse con furia, ¡él, que tenía mujer y trece hijos en casa, una pequeña vivienda detrás del homo! De manera que, la joven Escarabajo se quedó tan sorprendida que se cayó del árbol.

El panadero la sujetó por el pelo y la comadrona empezó a gritarle que una aprendiz que no tenía más trabajo que espiar a los otros se merecía unos cuantos palos y mucho más trabajo. Entonces Jane le susurró:

—No le cuentes nada a nadie, Escarabajo, o te echaré de mi casa y te partiré las dos piernas antes.

—¿Y a quién se lo iba a contar? —respondió Escarabajo—. No hablo con nadie excepto con el gato, y no creo que a él le interesen tus besuqueos.

Tras estas palabras, que se atrevió a decir por puro coraje. Escarabajo recogió la manteca y los huevos, de los que uno se había roto, y se marchó. El gato, que la seguía detrás, la oyó murmurar:

—A ti no te interesan estas cosas, ¿verdad, gato?, porque no hay ningún misterio en ello ni es una aventura. No hay mariposas, ni polillas, ni ratas, ni queso cremoso, que son las cosas que a ti te importan.

Estuvo murmurando durante todo el camino de vuelta a casa. Al llegar, se sentó en el patio a echar manzanas verdes a la vaca, esperando el regreso de la comadrona, sus golpes y sus exigencias.

A eso del mediodía, llegó el molinero corriendo por el patio.

—Necesitamos a la comadrona.

—No está.

—¿Dónde está?

—No puedo decirlo.

No podía, porque así lo había prometido.

El molinero la sujetó por el brazo.

—Entonces, Escarabajo, tendrás que ayudarnos tú —y se la llevó hacia su casa sujetándola por el brazo.

—No puedo —protestaba ella—. Tengo miedo. No sé qué hacer. No puedo.

Sin embargo, el molinero la sujetó y la empujó hasta que la metió en su casa. En cualquier otro momento, le habría gustado la visita, porque nunca había entrado en una casa tan lujosa, con dos habitaciones en la parte baja, un desván arriba y un lecho alto y mullido, cerrado con cortinas, como el que debía de usar el rey, o el Papa.

Lo malo es que estaba ocurriendo ahora y no en otro momento, y en el lecho alto y mullido yacía una mujer delgada, pálida, que esperaba a la comadrona y se encontraba con Escarabajo en su lugar. El molinero empujó a Escarabajo hacia el lecho.

—La aprendiz de comadrona está aquí para ayudarte, querida. Ahora todo irá bien.

Dicho esto, se marchó.

La mujer del molinero se movía inquieta en su gran lecho. Cogió a Escarabajo por el brazo gritando:

—No quiero este bebé. Fue un error. Haz que el dolor desaparezca. No lo soporto más.

—No puedo —dijo Escarabajo—. Tengo mucho miedo.

Los chillidos de la molinera aumentaron en frecuencia y volumen. Escarabajo intentó recordar lo que decía la comadrona en momentos parecidos. Las palabras que le venían a la mente eran «dos huevos y una gallina ponedora» y «empuja, vaca», pero cuando ella las pronunció no hicieron el mismo efecto que cuando salían de boca de la comadrona.

—¡Por los huesos de san Cucuberto! ¡Me han traído a una imbécil! ¡Torpe! ¡Cerebro de mosquito! ¡Ni me toques!

Gritando como una loca, la mujer del molinero soltó el brazo de Escarabajo, que aún tenía asido, y empezó a tirarle todo lo que podía alcanzar desde la cama: una jarra de cerveza caliente, media rebanada de pan, una salchicha, el orinal lleno... Escarabajo, aterrorizada, se acurrucó en un rincón mientras la mujer se levantaba de la cama para agenciarse más artillería: una corteza de tocino, un cuenco de estofado, un bastón, unos pantalones de alguien...

Al rato, media aldea, por lo que parecía, se había congregado en aquella habitación para descubrir la causa del escándalo. El sol de verano, la multitud de curiosos apiñados y los esfuerzos de la parturienta calentaban la habitación hasta tal punto, que Escarabajo, creyendo que se encontraba en el infierno y que la atacaban todos los demonios, se puso a gritar y unió sus chillidos a los de los demás.

De repente, se abrió la puerta y apareció la comadrona, chorreando sudor a causa del calor asfixiante de la habitación. Un pastel de guisantes y cebolla fue a parar a sus pies. No le hizo ni pizca de gracia.

—¡Fuera! —gritó—. ¡Fuera! —chilló—. ¡Fuera! —rugió.

Y la habitación quedó vacía.

Sujetó a la mujer del molinero, que no paraba de chillar, y le dio una, dos, tres, cuatro bofetadas. Escarabajo perdió la cuenta. Finalmente cesaron los chillidos y las bofetadas. La comadrona acostó a la mujer de nuevo en el lecho alto y mullido y, sujetando entre sus manos su cara enrojecida, le echó una jarra de té de ajeno por la garganta.

Cuando se tranquilizó, la mujer del molinero empezó a sentir de nuevo los dolores del parto y por fin, como más tarde le contaba Escarabajo al gato, llegó el bebé.

Fue entonces cuando la comadrona distinguió a Escarabajo por el rabillo del ojo.

—¡Idiota! —le chilló—. ¡Inútil! —vociferó—. ¡Pasmarote! —rugió.

Y la arrastró fuera de la habitación, a través del patio, hasta su pequeña casa, sujetándola por el mismo brazo por el que la había estirado el molinero.

A Escarabajo no le importó demasiado. Se sentía agradecida por no tener que permanecer en aquella habitación ni un minuto más.

Unas semanas más tarde, la comadrona dejó de llamarla Escarabajo. Ahora se dirigía a ella con nombres como «Mocosa Sin Sesos» y «Buena Para Nada». Por todo ello, Escarabajo trabajaba el doble y hablaba la mitad; temía que la comadrona la echase de su casa y la condenase de nuevo al frío y al hambre.

El mercader

Era pleno verano y el heno se secaba en los campos. Los vecinos elevaban sus plegarias al cielo para que no lloviera hasta que hubiesen recogido las cosechas y las tuviesen a buen recaudo para el invierno.

La comadrona necesitaba reponer sus reservas; le hacían falta más frascos, nuez moscada, pimienta y agua en la que se hubiese lavado las manos un asesino. Por ello decidió acudir a la Feria de San Suituno, que se celebraba en Gobnet-Under-Green. Escarabajo había asistido a algunas ferias, aunque sólo para pedir un nabo o unos cuantos huesos de cerdo, con el estómago demasiado vacío para levantar la vista y observar qué había a su alrededor. Ahora deseaba fervientemente acompañar a la comadrona, pero ésta todavía la llamaba Mocososa Sin Sesos, y no se atrevía a pedirselo.

Así pues, el día antes de la partida de la comadrona, Jane encomendó a Escarabajo una serie de trabajos que debía realizar durante su ausencia y se preparó para partir sin la muchacha.

Escarabajo sabía que era un viaje importante, porque la comadrona se remojó en la presa del molino, secó su cabello al sol y marcó todavía más los pliegues de su mejor griñón. Incluso se puso a canturrear una salmodia mientras trabajaba, que Escarabajo tomó por un encantamiento de brujas hasta que finalmente reconoció la tonadilla. Era la canción *Llega el verano*, en boca de una persona sin aptitudes, sentimiento ni dulzura para el canto.

De vuelta a la vivienda, cargada con la colada recién lavada para extenderla al sol, la comadrona tropezó con uno de los mejores cerdos de Walter, el herrero, y en la caída apoyó todo su peso sobre la pierna izquierda. Sus furiosos juramentos casi confirmaron los temores de Escarabajo: debía de ser una bruja, puesto que únicamente alguien que hubiera pactado con el Diablo podía conocer semejante vocabulario.

Bramando que Escarabajo era estúpida como una marmota y torpe como un asno vestido, la comadrona permitió que la muchacha la condujera hasta su casa y que la ayudara a echarse en su lecho de paja.

—Rota, por las barbas de Cristo, rota —gemía, palpándose el tobillo, y en seguida empezó a explicarle a Escarabajo cómo envolver las hierbas de eupatorio y cómo había de vendarle la pierna con trapos.

Lo primero que Escarabajo pensó fue que, puesto que la comadrona no podía andar, tampoco podría trabajar, y que por lo tanto prescindiría de sus servicios. Sin

embargo, el resultado inmediato fue que Escarabajo iría a la Feria de San Suituno en lugar de la comadrona. La alegría del corazón de Escarabajo alumbró su interior e iluminó su rostro, por más que la comadrona se pasó el rato despotricando sobre su falta de inteligencia y de lo que le esperaba si perdía los doblones de plata o gastaba demasiado o se equivocaba en alguno de los encargos.

El abrasador Sol que se asomó la mañana de San Suituno secó el heno de los campos, tranquilizó a los vecinos y vio a Escarabajo partir hacia Gobnet-Under-Green con cuatro doblones de plata, una cebolla, un buen pedazo de pan y el corazón lleno de alegría.

Para ir a Gobnet-Under-Green, Escarabajo tomó el camino del Norte, que seguía el curso del río, pasaba por el molino, doblaba al Este por delante de la casa de Steven, el flechero, acertaba por los campos de la abadía, resplandecientes en esa época del año con las flores del lino, violetas y azuladas, enfilaba nuevamente hacia el Norte por Barry-on-the-Birkenhead; después iba serpenteando, hacia el Este, hacia el Norte, hasta que desembocaba justo en la plaza del mercado de Gobnet-Under-Green, en medio de la portentosa Feria de San Suituno.

Escarabajo estaba demasiado nerviosa para comer durante el camino, de manera que dio su pan y su cebolla a una cabra hambrienta que después la siguió de cerca durante todo el camino hacia Gobnet. Cuando llegó a la feria, no sabía si la sensación de mareo que sentía se debía al hambre, al sol, o a la excitación de estar en medio de tanta alegría y color; así que no se preocupó.

Pasó entre un bosque de brillantes puestos en los que ondeaban banderas y penachos, y que ofrecían a los compradores multitud de cosas maravillosas: ollas de cobre, rubíes y perlas, colmillos de marfil de misteriosos animales, canela y jengibre de tierras lejanas, estaño de Cornwall y tela de lana verde esmeralda de Lincoln. Se rió ante los títeres, admiró a los que decían la buena ventura, aplaudió a los cantantes y vitoreó las carreras de caballos. Su nariz temblaba ante los olores de carnes asadas, pan tierno recién horneado y empanadas rellenas de cerdo y uvas, pero su estómago todavía temblaba de excitación y se contentaba con aspirar el aroma.

La mañana iba dando paso al mediodía mientras Escarabajo deambulaba por los terrenos de la feria. Cuando el mediodía cedió su lugar a la tarde, recordó para qué había ido. Olió gratis las especias antes de comprar nuez moscada y pimienta. Al verdugo casi le quitaban de las manos el agua con que los asesinos se habían lavado por última vez, pero Escarabajo fue capaz de agenciarse una botella. Le indicaron que al final de la calle de los Vidrieros, un poco antes de la Iglesia de San Dingad y San Vigor, podría encontrar los mejores precios en frascos y botas de piel. Y se dirigió hacia allí.

El puesto del mercader estaba lleno de diversas cosas admirables: relucientes agujas de latón, cintas de color rojo y azul lavanda, cucharas de cobre y cuchillos de bronce, calzado, especialmente botas, de fina piel rojiza con encajes en las puntas y peines de madera pulida y de marfil. Escarabajo nunca había usado más que sus

dedos para peinarse sus enmarañados cabellos y probablemente así habría seguido toda su vida si no hubiese descubierto aquel peine. Entre las hileras de púas, habían tallado un gato dormido y se parecía tanto al gato que Escarabajo conocía que sintió que se moría de ganas de poseerlo.

Sostuvo el peine entre sus manos durante mucho tiempo, le dio la vuelta a uno y otro lado, olió la fragante madera y admiró el gato dormido. Después, con un hondo suspiro, lo dejó y empezó a regatear con el comerciante por los frascos. A pesar de que era nueva en el arte del regateo, o quizá por eso mismo, Escarabajo puso tal vehemencia y encanto en el empeño que el mercader quedó prendado de su menuda personita y, con un guiño de complicidad, puso el peine del gato en el paquete de los frascos.

—Muchacha, peina esos largos rizos hasta que brillen y te aseguro que tendrás un enamorado antes de que anochezca.

Después de otro guiño, el mercader se dirigió a un nuevo comprador.

El peine era suyo. Escarabajo permaneció un rato aguantando la respiración temiendo que alguien se lo arrebatará. Nunca había poseído nada, a excepción de sus ropas harapientas y unos nabos ocasionales, y ahora el peine del gato era suyo. El guiño y el comentario sobre sus rizos, aunque Escarabajo no se diera cuenta, también eran regalos del generoso mercader y anidaron en su corazón, donde quedaron prendidos.

Escarabajo colocó el paquete a su espalda y empezó a andar hacia la aldea. Se detuvo frente a la Iglesia de San Dingad y San Vigor para pasarse el peine por el pelo. Rizos. ¿Aquellos enredos suyos eran rizos? Se inclinó sobre el abrevadero de los caballos y examinó su pelo en el agua quieta. Eran rizos, enmarcando un menudo rostro delgado de grandes ojos y barbilla afilada. Una nariz grande, grandes orejas y el pelo más rizado de la feria.

—Así que ésa soy yo, Escarabajo —dijo.

Y volvió a mirarse.

—Alyce, eh, Alyce, te necesito —dijo un hombre tocándola por el hombro.

Ella buscó a la tal Alyce.

—Alyce, aquí, ¿qué es lo que dice? —preguntó él, mostrándole un trozo de piel con unos signos.

Ella parpadeó y le miró.

—¿Quién es Alyce?

—No bromees, Alyce. Se supone que estos signos indican mis ganancias en la carrera de caballos. Necesito que me los leas para asegurarme de que Araña, el mozo, no me estafa. ¿Qué es lo que pone aquí?

—Yo no soy Alyce.

—Claro que lo eres.

El hombre se inclinó hacia delante y escudriñó el rostro de Escarabajo.

—Espera —gritó, salpicándola con un escupitajo—, ¡pero si no eres Alyce! Te pareces mucho a Alyce. ¿Dónde está Alyce? ¡Alyce!

Y se marchó en busca de aquella Alyce para estar seguro de que Araña, el mozo, no le estafaba en la carrera de caballos.

Escarabajo permaneció completamente inmóvil. ¡Vaya día! Le habían guiñado el ojo, le habían hecho un regalo y ahora la confundían con una misteriosa Alyce que sabía leer. ¿Se parecía ella a alguien que sabía leer? Volvió a inclinarse y a contemplar su rostro en el agua.

—Esa cara —dijo— podría pertenecer a alguien que sabe leer. Y tiene rizos. Y puede encontrar un enamorado antes del anochecer. Y ésa soy yo, Escarabajo.

Calló. Escarabajo no era un nombre adecuado para una persona, no al menos para una persona que daba la impresión de que podía leer.

Frunciendo el ceño, pensó un minuto, y luego su cara se iluminó como si la hubieran alumbrado desde el interior con una antorcha.

—Alyce —suspiró.

Alyce sonaba limpio, amistoso e inteligente. Se podía amar a alguien que se llamara Alyce. Volvió a observar el rostro reflejado en el agua.

—Ésa soy yo, Alyce.

Y se sintió bien.

Así pues, la recién bautizada Alyce cargó el paquete sobre sus hombros y con la cabeza alta y los pies descalzos pero firmes sobre el suelo se encaminó a la humilde casa de la comadrona, sin darse cuenta de que refrescaba y oscurecía, debido al calor y la luz que emanaba de su interior.

Los nombres

La comadrona había perdido otro diente y cojeaba por culpa de su tobillo roto. Iba arrojando cacharros de cobre y cucharas por toda la casa, de la rabia que le daba envejecer, perder sus dientes y gastar su vida.

—Sal de mi vista. Escarabajo, antes de que te haga papilla.

—Alyce.

—¿Qué me has llamado?

—No sois vos, señora, sino yo. Mi nombre es Alyce.

—¡Alyce! —la comadrona relinchó como Toby, el gran caballo negro de Walter Smith—. ¡Alyce! Te pareces más a un sapo, a una comadreja o a una sucia gallina que a alguien que se llame Alyce.

Y cada vez que pronunciaba ese nombre le tiraba un cacharro a la muchacha, por lo que Escarabajo optó por salir.

Fuera no había castigos. Fuera no había ollas con pociones que remover al fuego, ni botellas que rellenar, ni humo. Fuera el aire era fresco, a pesar del calor de aquella soleada mañana de verano. Al fin y al cabo, al aire libre era donde Escarabajo había pasado la mayor parte de su vida.

Fuera estaba el gato. Tenía ganas de hablarle de su nuevo nombre: Alyce. Todavía no se atrevía a pronunciarlo en voz alta, pero ahora que ya se lo había dicho a la comadrona, deseaba que todo el mundo lo supiera.

—Alyce —le dijo al gato, que se restregó en su tobillo dulcemente—. Ahora tengo un nombre, gato, y tú también deberías tener uno para que pueda llamarte a desayunar en las mañanas frías y cubiertas de niebla. Voy a ir diciendo nombres y tú me indicas cuál te gusta más.

Escarabajo se sentó en el polvoriento suelo, con las piernas cruzadas. El gato se sentó a su lado, mirándola.

—¿Sauce? —preguntó—. ¿Verdolaga? ¿Polilla gitana? ¿Lenteja?

El gato seguía mirándola.

Escarabajo se levantó y caminó hacia el río, con una mano en el estómago y la otra en la boca. Estaba pensando y hablando en voz alta.

—¿Brionia? ¿Piedra de molino? ¿Lanudo?

—¿Estás completamente chiflada, verdad. Escarabajo? —dijo el molinero, que pasaba por allí.

—Alyce —contestó Escarabajo.

—¿Alyce, quién? ¿Quién es Alyce?

—Yo soy Alyce —dijo Escarabajo—. No Mocosa, ni Escarabajo Pelotero ni Escarabajo. Alyce.

—¡Bah! —contestó el molinero—. También una piedra podría llamarse Alyce. O un cordero. Alyce. ¡Bah!

—¿Pino? —continuó diciéndole al gato—. ¿Páramo? ¿Queso? ¿Acebo? ¿Cerdo?

—¿A quién llamas cerdo, escarabajo pelotero con sesos de mocos? —ésta era Grommet, la gordísima hija del herrero.

—Al gato —dijo Escarabajo—; y yo soy Alyce.

—Tú eres una mema —replicó Grommet Smith y soltó una carcajada mientras se alejaba contoneándose.

Escarabajo suspiró. Este asunto de tener un nombre era más complicado de lo que parecía a simple vista. Un nombre servía de poco si nadie quería llamarte por él.

El gato se hizo un ovillo en el tobillo de Escarabajo y ronroneó.

—¿Columbino? ¿Jibia?

—Miau —respondió el gato.

—¿Hierbajo? ¿Carnaval? ¿Manubrio?

—Miau —respondió el gato.

—Carrera...

—Miau —pidió el gato.

—¿Miau? —preguntó Escarabajo.

—Miau —respondió el gato.

Y eso fue todo.

Mientras Escarabajo y Miau paseaban al sol, esperando que la comadrona estuviera lo suficientemente calmada para pedirle pan y queso, y una cebolla o dos, los aldeanos almacenaban las últimas gavillas de los campos y, acabada la recolección, se sentaron a comer y a beber, y a dar gracias porque la lluvia había esperado. Algunos muchachos de la aldea, que habían tomado más cerveza de la cuenta, dejaron la celebración buscando jaleo. Y encontraron a Escarabajo.

—Escarabajo pelotero, dame un beso —le pidió el chico del cabello rojizo.

—Alyce —murmuró Escarabajo, rodeada de chicos y abandonada por el gato.

—Te llama Alyce, Will. Cree que eres una chica o una dama del palacio. ¿Hacéis migas con el escarabajo pelotero, Lady Alyce? —el chico con los dientes rotos bebió otro sorbo de su jarra de cerveza y escupió a Will.

Escarabajo aprovechó la distracción de Will para zafarse de su brazo, se arremangó la falda entre sus piernas y cogió el camino del río. Los muchachos eran más rápidos, pero estaban borrachos, y Escarabajo alcanzó la orilla antes que ellos. Buscó dónde esconderse. Podían cogerla; no estaban tan bebidos. Delante estaba el río, pero no sabía nadar. Nadie sabía. El agua era para que los caballos bebieran y para darse un baño ocasional antes de las bodas o cosas parecidas.

Una brisa súbita hizo crujir las hojas de un sauce, como si llamara a Escarabajo. Se encaramó a las ramas del árbol, discurriendo como un zorro, esperando ver qué sucedería a continuación.

A empujones los chicos dieron vueltas alrededor del árbol.

—Escarabajo pelotero, escarabajo pelotero, debes de tener miedo, tan lejos de tu estiércol —cantaban—. Baja y te llevaremos a casa y te echaremos suavemente sobre el montón de estiércol, hondo, hondo, hondo en el montón de estiércol.

Y venga a beber cerveza y a cantar y a empujarse. De repente, el muchacho del pelo rojo perdió pie en la resbaladiza orilla y cayó al agitado río.

—Diablo, Will, sal de ahí —dijo el desdentado Jack.

—No puedo —dijo Will, escupiendo agua y dando tumbos.

El agua se tragó a Will por un momento y los muchachos, sobrios de repente y asustados, se empujaron los unos a los otros en su intento por huir del lugar y llegar a algún sitio del que pudieran afirmar no haberse movido cuando encontrasen ahogado el cuerpo del pobre Will. Así pues, cuando Will emergió de nuevo, todavía escupiendo y dando tumbos, no había nadie más que Escarabajo en el árbol, mirándole con los grandes ojos de su cara pálida.

—Escarabajo, ayúdame. Échame algo.

Escarabajo movió la cabeza.

—Estoy demasiado asustada.

El chico desapareció de nuevo y Escarabajo se arrastró con cuidado por una de las ramas que colgaba hacia abajo para ver hacia dónde había ido. Escupiendo, volvió a emerger, demasiado débil para llamarla o pedir ayuda; sólo la miraba mientras sus brazos palmoteaban en el agua a su alrededor.

Escarabajo se deslizó más allá. La rama se inclinó hacia el agua. Lentamente, mientras el muchacho hacía esfuerzos para no sumergirse, ella se arrastró hasta el extremo de la rama, de manera que casi tocaba el agua.

—Agárrate a esta rama, Will —dijo.

Y él se agarró. Lenta, muy lentamente, fue ascendiendo por la rama hasta que, entre su fuerza y el peso de Escarabajo, se rompió. Por suerte ambos cayeron en la orilla del río.

Will se quedó tumbado en el suelo mientras Escarabajo miraba si estaba vivo o muerto. De golpe, él le echó agua del río con la mano, que le mojó la falda, y ella supo que sobreviviría para seguir fastidiándola.

—No has huido con los demás —dijo él—. Has sido muy valiente, Escarabajo.

—No, no soy valiente —dijo ella—. Casi me meo de miedo. Lo he hecho porque podías haberte ahogado e ir al infierno, un pendenciero borracho como tú, y entonces yo habría ayudado a mandarte allí. No podía permitirlo, ¿no?

—Tienes valor, Escarabajo.

—Alyce.

—Tienes valor, Alyce.

Se miraron, con disimulo, y se dirigieron a casa. Por la noche Escarabajo tuvo un sueño. El Papa venía a la aldea y la llamaba Alyce, y el rey se casaba con la comadrona, y el gato se reía.

El Diablo

Si el mundo fuera un lugar agradable y noble, Alyce (debemos llamarla Alyce a partir de ahora) y Will se habrían hecho amigos, los vecinos la habrían felicitado por su valentía y la comadrona habría sido más generosa al entregarle su ración de queso y cebollas. Sin embargo, las cosas no son así, y el mundo es como es; nada ha cambiado. La mayor parte de los aldeanos seguía sin fijarse en Alyce. Algunos eran mezquinos, como Grommet Smith, que, siendo casi tan grande como doce Alyces, solía sentarse encima de la muchacha para que Jack y Wat pudieran frotar su pelo con excrementos de pollo; o como el molinero, que le pellizcaba los muslos cuando iba a moler grano al molino. Otros eran amables, o casi, como la mujer del panadero y Will, el pelirrojo, que le tiraba menos piedras desde que le había salvado e incluso, en ocasiones, ponía freno a los agravios que recibía, diciendo:

—Venga, este juego es muy aburrido. La abuela de Dick está tendiendo la colada. Vamos a hacer nudos a sus calzones.

Y así, hasta el día en que apareció el Diablo en la aldea.

Todo empezó con los terneros de dos cabezas que dio a luz Molly, la vaca de Roger Mustard. Luego, una cotorra aterrizó en el granero del molinero y no había manera de ahuyentarla. De pronto, la aldea entera veía brujas y demonios por todas partes y el miedo se instaló en todas las casas.

Alyce, que había dormido a la intemperie durante la mayor parte de su vida, incluso en los días que dan más miedo, como la víspera de Todos los Santos, nunca había visto al Diablo y no le asustaba la oscuridad de la noche. Fue ella, pues, la encargada de recoger y llevar los mensajes de los vecinos después de caer la noche, mientras éstos permanecían en sus casas llenas de humo. Fue así como se enteró de muchas de las cosas que ocurrían en la aldea y averiguó cómo vivía la gente y cómo pasaba su tiempo.

Durante unos días la tranquilidad reinó en el pueblo, con los aldeanos refugiados en sus hogares y ociosos, de tal forma que Alyce incluso tenía tiempo para ella misma, para holgazanear, pensar y hacer planes, para observar y aprender del viejo Gilbert Cabeza-Gris cómo se tallaba y pulía la madera, y para hacerle preguntas al párroco sobre el pecado y el mal y el Diablo. Mientras tanto, ella meditaba...

Una húmeda mañana de otoño, Robert, el tejedor, encontró unas extrañas huellas que serpenteaban por la aldea y se detenían bruscamente en la puerta de la iglesia. Llamó a Thomas, el del puente, que conocía el bosque como la palma de su mano y

distinguía las huellas de todos los animales, para que le ayudase a descubrir qué clase de bestia era la que había merodeado por allá mientras ellos dormían.

—¿Puede ser una comadreja, Thomas?

—No. Esto es una pezuña; las comadreas tienen pies.

—¿Una cabra, Thomas?

—No. Estas huellas son demasiado grandes para una cabra.

—¿Un cerdo?

—Ningún cerdo tiene unas uñas como éstas.

—¿Un jabalí, Thomas?

—¿Con este arco tan delicado? Imposible. Un jabalí no es, Robert.

—¿Qué es pues, Thomas? ¿Algo con pezuñas, más grande que una cabra y más delicado que un jabalí, que se pasea por nuestra aldea de noche y que se para ante la puerta de la iglesia?

A la hora de la cena toda la aldea hablaba del extraño animal que ni Thomas, el del puente, era capaz de identificar. Bastaron unas cuantas palabras imprudentes y unos susurros temerosos para convencerles de que el Diablo había aparecido en la aldea y buscaba almas en pecado.

Al día siguiente, las extrañas y delicadas huellas de pezuñas fueron halladas alrededor de la casa de la abuela de Dick y más allá del campo de cebada. Robert, Thomas y el párroco, murmurando padrenuestros, seguían las huellas por el camino del molino. Ya en el molino, abrieron el cerrojo de la puerta y sorprendieron al molinero, que levantó la vista asustado: lo habían pillado cuando ponía parte del grano de la abuela de Dick en sus propios sacos.

—El Diablo ha estado aquí —gritó el párroco— y ha tentado a nuestro molinero para convertirlo en un ladrón. Seamos misericordiosos con este pobre ladrón, ¿porque quién de nosotros puede resistirse al Diablo?

Los vecinos asintieron y por eso no le cortaron las manos al molinero que había escuchado al Diablo, sino que solamente le obligaron a permanecer un día bajo la lluvia con la piedra de su molino atada alrededor del cuello.

Al día siguiente todo permanecía tranquilo y la gente deseaba que el Diablo se hubiera trasladado a otra aldea para tentar a sus habitantes. Pero al llegar la noche, Kate, la hija del tejedor, corrió a visitar al párroco con el cuento de haber visto las huellas del Diablo, y que conducían directamente al granero de Walter Smith. El párroco y unos cuantos aldeanos valientes, armados con rastrillos, horcas y palos atados en forma de cruz, se apresuraron a registrar el granero. El párroco roció la puerta con agua bendita y la abrió. Y allí, abrazados entre el heno fresco, estaban Grommet, la obesa hija del herrero, y el pastor de cerdos del palacio, el de la cara picada de viruela. El muchacho recogió sus calzones y huyó por la ventana del granero. Grommet, como era más gorda, se movía con más lentitud y fue atrapada.

Por haber escuchado al Diablo, Grommet tuvo que pasar la noche rezando y ayunando. Lloró mucho, aunque nadie supo nunca si lo hacía por la pérdida de la

honra o por la falta de comida.

Mientras los aldeanos se sentaban a cenar al día siguiente, Wat, el que siempre se sorbía los mocos, corrió calle abajo, gritando:

—Lo he visto, el Diablo, peludo, con cuernos y garras, y agitando una gran cola. Está en el camino que va al palacio, buscando almas para llevárselas al infierno.

La mitad de los aldeanos echó a correr en manada lo más lejos del camino del palacio que pudo, pero la otra mitad se dirigió hacia allí, seguros de que el párroco y el agua bendita los precedían.

No había ni rastro del Diablo en el camino del palacio ni en los bosques circundantes. Finalmente, los aldeanos regresaron a sus casas y, cerca de la casa de Roger Mustard, vieron las huellas del Diablo, camino abajo, pasando por la casa de la abuela de Dick, rodeando el granero de Walter Smith y subiendo hacia la puerta de la casa de William Reeve. De nuevo los aldeanos abrieron la puerta y descubrieron que el Diablo ya había hecho su trabajo, pues allí estaba Wat dando buena cuenta de la pierna de cordero que William Reeve tenía para cenar.

El párroco decidió que la gula y el engaño de Wat eran culpa del Diablo y no del muchacho, por lo que la cara de Wat no fue marcada, sino que únicamente tuvo que ocuparse de los malhumorados cerdos de William Reeve a partir de aquel día.

Al día siguiente un buen número de vecinos seguía las huellas de las pezuñas a los bosques, donde el desdentado Jack y sus amigos estaban limpiando el campo de Roger Mustard. Pero el Diablo había tentado a los muchachos con la pereza, porque los encontraron durmiendo, y fueron convenientemente zurrados.

Pasaron dos días sin ningún signo del Diablo. Los aldeanos se calmaron, sintiéndose afortunados por no haber sido tentados por el Diablo y después hallados en falta públicamente.

Luego, una mañana de niebla, el Diablo volvió a la aldea. Esta vez nadie esperaba pillarle, pero sí anhelaban ver a quién cogerían y en qué pecado, así que toda la aldea siguió las huellas, excepto la comadrona, que fue llamada al palacio en el último minuto, y Alyce, que estaba en otra parte.

La procesión de aldeanos reía y murmuraba a la salida del pueblo mientras se dirigía al Viejo Camino del Norte. A medida que seguían las huellas a través de un campo, fueron quedándose en silencio. Las huellas llevaban junto a un gran árbol, donde los aldeanos se pararon. Detrás del árbol se oyó:

—¿Eres tú, Jane, palomita mía?

Y salió el panadero, ofreciendo un ramo de margaritas y un cesto de pan.

Todo el mundo guardó silencio. La mujer del panadero se adelantó y cogió las flores mientras los aldeanos se daban la vuelta y regresaban a sus casas, dejando que ella aclarase hasta qué punto la culpa era del Diablo o del panadero.

Después de que los aldeanos cruzaran el río, en un lugar donde el agua corría rápida y profunda, Alyce salió de los bosques. Cogió algo de debajo de su falda, lo tiró al río y siguió a la multitud. Y así fue cómo todos (excepto la afortunada

comadrona) los que se habían burlado de Alyce o la habían atormentado fueron castigados por sus secretos pecados.

Tras este episodio, el Diablo no volvió a aparecer por la aldea y nadie, excepto Alyce, supo por qué.

Unos días más tarde, en un pueblo donde el río se encuentra con el mar, aparecieron en la orilla dos bloques de madera tallados en forma de pezuñas de un animal desconocido. Nadie pudo adivinar de qué se trataba o de dónde procedían, por lo que Annie Broadbeam los echó al fuego y disfrutó de un buen estofado caliente de liebre en una fría noche otoñal.

Los gemelos

Al nacer pocos niños aquel mes de septiembre, Alyce y la comadrona ocupaban su tiempo haciendo jabón, sidra y vino. La primera ocupación impregnaba el aire de olores de grasa de oca y de cordero, que hervía en el caldero. Roger Mustard en los campos del palacio y el molinero en su rueda cerca del río aspiraban el aire diciendo:

—Alguien está haciendo jabón hoy.

La segunda tarea extendía un suave perfume y alegraba las narices cerca y lejos. Alyce se sintió aliviada cuando, tras preparar suficiente jabón como para lavar todo el lino de Inglaterra, empezaron a elaborar sidra y vino.

Primero, cocieron chirivías con azúcar y especias. Las dejaron fermentar y las echaron en barriles donde la mezcla tomaría cuerpo y se convertiría en un vino dulce. Lo mismo hicieron con los nabos.

Luego, Alyce cogió un par de cestas atadas a un palo y fue con el gato a los jardines de la abadía para recoger la fruta caída. Allí, diseminadas por el suelo, como un regalo de Dios para Alyce, había manzanas rojas y amarillas, grandes y pequeñas, dulces y amargas, duras y jugosas. Probó unas cuantas, y como le resultaba difícil decidir si le gustaban más las de pulpa blanca, las pequeñas y ácidas o las suaves y dulces, probó algunas más. Al gato no le gustaban las manzanas, así que, en lugar de comérselas, se dedicó a empujar las más pequeñas por el jardín, imaginando que tenían orejas y cola, lo que hacía más interesante la caza.

A su regreso a la aldea, ya a la caída de la tarde, con las cestas y la tripa llenas de manzanas, Alyce atajó por los campos del palacio, cerca del lugar en que los aldeanos habían cavado un pozo para explotar una cantera. Del interior del pozo salían gritos, sin duda de algún ser terrible: una bestia, una bruja o un demonio, por lo que se persignó y avivó el paso.

El demonio decía:

—Venid en mi ayuda, ayudadme.

Alyce se echó a correr. Luego se detuvo. El demonio tenía la voz potente de Will, el muchacho pelirrojo que acostumbraba a atormentarla y que ahora ya no la molestaba tanto.

—¿Eres un demonio o un patán pelirrojo? —preguntó.

—Alyce, ¿eres tú? —fue la respuesta del interior del pozo.

Con cuidado se arrastró hasta el borde y miró. Era el patán pelirrojo y su vaca estaba junto a él.

—Alyce, tienes que ayudarme. Tansy se ha caído al pozo y no puedo sacarla, porque está a punto de parir un ternero y no quiere moverse. Ven y ayúdame.

—No soy comadrona de vacas, Will Russet —dijo.

—Necesita tu ayuda, Alyce, y yo también.

—De todas maneras yo no soy comadrona, Will Russet, y no sé qué hay que hacer.

—Ven y yo te lo diré. Para Tansy es su primer ternero, pero no para mí.

En ese momento, Tansy gimió, lenta y lastimosamente, llena de dolor y de miedo. Alyce no podía soportar verla así, de manera que dejó los cestos de manzanas y descendió al pozo.

Will le hizo una mueca:

—Bien por ti, Alyce. Aquí, sujétale la cabeza; mantenía quieta. Cántale algo dulce.

—Yo no sé cantar, Will Russet.

—Canturrea cualquier música, sin palabras. Sólo necesita sonidos dulces.

Alyce así lo hizo, aunque nadie hubiese considerado que aquellos sonidos eran dulces, excepto ella, el muchacho y la vaca. Puede que también el gato, que estaba arriba, donde Alyce lo había dejado, lamiendo con cuidado las blandas almohadillas rosadas de sus patas.

—Sujétala, Alyce. Acaríciala la cabeza y el vientre. Si podemos calmarla, Dios les dirá a ella y al ternero lo que tienen que hacer.

Alyce cantó y acarició a la vaca, la llamaba «dulzura mía» y «buena chica», tal como hacía Will, y el muchacho empujaba y tiraba y trabajaba tanto como la vaca. Estuvieron a punto de darse por vencidos en varias ocasiones, pero cada vez Alyce encontraba una nueva canción o renovaba sus caricias; y Will quería a Tansy como si fuera su niña y no su vaca. Así que la cansada pareja siguió.

Finalmente, cuando el día daba paso al crepúsculo, asomaron las patas de un ternero. Y después, más patas. Y más.

—¡Gemelos, Alyce! —gritó Will—. ¡Me has traído suerte y Tansy ha parido gemelos!

Así era y pronto dos terneros resbaladizos, brillantes y flamantes yacían en el sucio suelo del pozo, y Tansy los lamía y los mimaba cariñosamente.

Cuando Alyce y Will cargaron los terneros sobre sus espaldas y salieron gateando del pozo, Tansy los siguió. No quería permanecer sola en aquel lugar inhóspito, oscuro y sin terneros. Como una procesión, regresaron a la aldea, el muchacho y la muchacha con los gemelos recién nacidos, la vaca y el gato.

Will, feliz por haber obtenido el doble de lo que esperaba de Tansy, se aseguró de contar a todo el mundo su buena suerte y la gran ayuda que había representado Alyce. Ésta sentía cosquillas en su piel de gozo, a pesar de los problemas con que se

encontró por haberse entretenido tanto recogiendo manzanas y por haber perdido las cestas con la fruta, ya que con la emoción por los terneros se olvidó de ellas y nunca más se supo.

Septiembre dejó paso a octubre y octubre, a noviembre, y durante esos días Alyce creció en sabiduría y habilidades. La comadrona, endiosada en su propia importancia, no lo percibió. Alyce, acostumbrada a crecer sola, tampoco se dio cuenta. Pero los aldeanos sí lo notaron y, mientras octubre dejaba paso a noviembre y los fantasmas se preparaban para la noche de Todos los Santos, empezaron a preguntarle «cómo» y «por qué» y «qué puedo hacer». A veces, a cambio de su ayuda o su consejo, alguien le pagaba con un lazo, un huevo o una rebanada de queso o de pan, que ella entregaba siempre a la comadrona, como si se considerase a sí misma tan sólo la mano o el brazo de la comadrona. Hacía el trabajo y recibía la paga sin aceptar el reconocimiento por dicho trabajo.

Una mañana, mientras estaban sentados bajo el viejo roble comiendo el pan de su desayuno, Alyce volvió a contarle al gato el nacimiento de los terneros gemelos.

—Eran brillantes y pegajosos. No los conocía y ya los quería.

Le sonó como una canción, por lo que canturreó una musiquilla, como lo había hecho aquel día en el pozo de grava, y entonces añadió palabras a su canto:

«Eran brillantes
y pegajosos.
No los conocía
y ya los quería».

Así fue como Alyce aprendió a cantar y a componer canciones. Su canto iluminó el frío día gris, así que un pajarillo pensó que era primavera y empezó a cantar en el viejo roble.

El bebé de la mujer del alguacil

— **U**n buen año de frutos secos anuncia un buen año de niños —dijo la comadrona al mandar a Alyce con su cesto a buscar frutos al bosque para saber qué clase de año se avecinaba.

Durante todo el día Alyce zarandeó los árboles jóvenes, se subió a los viejos y recogió las dádivas que caían. Avellanas, nueces, castañas, almendras se amontonaban en su cesto y excitaban su apetito pensando en frutos secos tostados en las frías noches de invierno. Hasta aquí llegaba el límite de su imaginación, ya que nunca había oído hablar de crema de almendras, nueces picadas, o anguilas en salsa de castañas, como se comía en el palacio o en las casas de los ricos mercaderes de Londres y de York.

Al regresar de los bosques, vio a los chicos molestando al gato. Cogió un puñado de frutos, los más grandes, duros y pesados de su cesto, y los arrojó a los muchachos.

—Tocad al gato de nuevo —gritó— y abriré la botella de sangre de rata y carne de víbora, y convocaré al Diablo, que os transformará en mujeres, y después cada uno de vosotros se reirá como una mujer y se vestirá con ropa de mujer y parirá como una mujer.

Estaba demasiado sorprendida por su exabrupto como para sentirse asustada. Los chicos estaban demasiado sorprendidos como para moverse. Y así Miau, el gato, escapó y Alyce llegó sin más incidentes a la casita de la comadrona, y a pesar de que eran mayores, los chicos, a veces, en la oscuridad de la noche, temían que la botella de la comadrona pudiera convertirlos en mujeres. Fue una suerte que nunca comprobaran la magia de Alyce, porque la botella que blandió tan fieramente ante sus narices no era nada más que cordial de mora, que debía entregar a la vieja Anna, pues le pillaba de camino, y aunque habría dejado a los chicos de color púrpura y pegajosos, no habría caído sobre ellos ninguna maldición y nunca habrían podido parir como una mujer.

Esa noche Joan, la mujer del alguacil, mandó llamar a la comadrona. Alyce alumbró el camino de Jane a través de la negra noche con una vela que siseaba y chisporroteaba en la niebla. La comadrona echó al marido de Joan, a su hijo pequeño, dos cerdos y una paloma fuera de la vivienda, mandó a Alyce que la esperara en el patio y cerró de un portazo la puerta de la casa.

Alyce dio una cabezada a la intemperie durante esas largas horas de la noche. Era poco después del amanecer, aunque el cielo seguía siendo una sombra gris algo más

iluminada y no lucía rosado y amable como en verano, cuando la comadrona la zarandeó para que despertara.

—Levanta, Escarabajo, y ve a casa a por prímula, artemisa y pimienta. ¡Por todos los santos que Joan soltará este bebé!

A su vuelta, la comadrona esperaba a Alyce en el patio, con sus botellas, hierbas y ropa limpia colocadas pulcramente en la cesta que tenía al lado.

—¿Ha soltado ya Joan su bebé? —preguntó Alyce.

—¡Ja! —respondió la comadrona—. Parece que no quiere salir. Entra y limpia la cara de Joan; yo regresaré en cuanto pueda. En el palacio Lady Agnes ha empezado con los dolores y desea que la atienda. Me pagarán en plata y el alguacil, con pollos y judías. Si Dios y los bebés me ayudan, lo conseguiré todo.

Alyce empezó a llorar.

—Yo no sé qué hacer, señora Jane. No me dejéis. No la dejéis. Yo no sé qué hacer.

Alyce fue silenciada con un sonoro bofetón.

—No hagas nada, loca sin seso —soltó la comadrona—. Nunca tendrá ese niño. Morirá antes de nacer y yo se lo sacaré muerto cuando regrese. Déjala con los dolores mientras yo atiendo a Lady Agnes. Volveré, haré lo que tenga que hacer y me embolsaré las dos pagas.

Alyce se limpió en la manga y se dejó la nariz más sucia y enrojecida de lo que estaba.

—Tú no hagas nada —repitió la comadrona—. En su estado. Joan no recordará que la he dejado sola. ¡No hagas ni digas nada!

Y se marchó hacia el palacio, donde ardían chisporroteantes fuegos y la parturienta era aliviada con vino, jarabes y palabras amables.

Alyce se dirigió a la casa oscura, fría y casi vacía, suspiró profundamente y entró.

Al principio no divisó la figura yacente en el lecho a causa del humo, pero luego se dio cuenta de que el bulto que se retorció era Joan, la orgullosa mujer del alguacil, que lavaba su ropa cada semana y nunca se dejaba ver sin zapatos, incluso en verano. Y allí estaba ahora, un bulto gimoteante, lloroso, en un lecho de paja. Alyce se tapó la boca y los ojos, y se dio la vuelta para marcharse. Podría decirle a la comadrona que había esperado con Joan. ¿Quién iba a saber si había estado sentada en la escalera hasta oír el crujido del griñón almidonado de la comadrona?

—Dejadme morir. Por los huesos de santa Mildred, dejadme morir. O ayudadme a morir.

El bulto lloroso y gimoteante habló, pero no como esperaba Alyce, enfurecido y enloquecido, sino calmado y razonable, pidiendo la muerte. A Alyce le sonaba espantoso y extraño, como si hubiera hablado una oca o un huevo o el montón de estiércol del patio.

—Escarabajo, ¿eres tú? —preguntó Joan—. ¿Dónde está la comadrona?

—Fuera, ha ido a hacer sus necesidades, señora. Volverá pronto y entonces nacerá vuestro bebé.

—No finjas, Escarabajo. Sé que el bebé está atascado y no llegará a nacer. Y pronto moriremos los dos, ¿por qué no ahora? Puede que la comadrona tenga algo en su cesta para ayudarnos.

—¡Shhh!, señora. El dolor y el miedo os hacen hablar así. Si no, nunca pensaríais en ir al infierno llevándoos al bebé con vos.

—Incluso el infierno, Escarabajo, debe ser mejor que este sufrimiento.

De pronto, la orgullosa y razonable Joan volvió a convertirse en un bulto lloroso y gimoteante. Después, a medida que el dolor atenazaba su cuerpo, gritó, se agitó y sacudió, desgañifándose y pataleando.

Alyce salió a la puerta de la casa dispuesta a huir de aquella pesadilla. Pero el recuerdo de la orgullosa y asustada Joan de un momento antes la retuvo. Y se preguntó: «¿qué haría la comadrona de estar aquí?». ¿Qué le había visto hacer Alyce desde las ventanas de las casas a lo largo de todo el año cuando el bebé no quería venir y la madre chillaba y se agitaba y parecía al borde de la muerte? ¿Qué había hecho Will en el pozo para ayudar a Tansy a tener los terneros?

Alyce volvió a suspirar y regresó junto a Joan. Le dio de beber artemisa con cerveza caliente y le habló amablemente, llamándola «corazón» y «buena chica». Calentó aceite sobre el fuego y frotó su cabeza y su vientre, como había hecho con la vaca. No conocía ningún encantamiento ni magia, así que proporcionó a Joan los únicos cuidados que conocía, amabilidad y trabajo duro.

Y así fue como en mitad de la noche, cuando los monjes se levantaban de sus lechos para rezar sus plegarias, y en las ciudades los calaveras regresaban a sus casas repletos de buey y de vino, y en el palacio la comadrona asistía a Lady Agnes a dar a luz a su primer hijo, también una Joan más calmada y tranquila, con la amable ayuda de la aprendiz de comadrona, trajo al mundo una hija, que nació con los pies por delante, aunque perfectamente formada, a la que llamó Pequeña Alyce.

Alyce lavó a Pequeña Alyce y la envolvió en ropa limpia y la dejó en brazos de su padre antes de que Jane, la comadrona, irrumpiera en el camino y entrara en la casa. Jane dio unas explicaciones que nadie creyó, que se había ausentado solamente un momento, y alargó la mano para recibir su paga. El alguacil dijo:

—No te necesitamos, Jane. Tu ayudante se ha ocupado de nosotros con sus dos fuertes manos y su sentido común.

Al oír estas palabras, Alyce sintió tanto orgullo y satisfacción que tuvo que expresarlo, así que sonrió, y le sentó tan bien que pensó en repetirlo.

Haciendo frente al enojo y a los celos de la comadrona, volvió a la casa, comió sopa fría y pan duro, se acostó en su jergón de paja junto al fuego y soñó con su madre, pero no pudo recordar su sueño cuando despertó.

El niño

Después de esto, cada vez que llamaban a la comadrona para atender a una madre, Alyce se colaba en la casa, se escondía en las sombras para que no notaran su presencia y miraba atentamente lo que hacía la comadrona, cómo y por qué. Almacenaba en su cerebro y en su corazón todo lo que decía sobre los bebés, el parto y cómo aliviar el dolor.

Descubrió que una cáscara de huevo llena de zumo de puerro y malvas aceleraba el parto, que frotar el vientre de la madre con sangre de grulla aliviaba el dolor, que las raíces y las flores de aristoloquia potenciaban las contracciones de una madre remisa y que, si todo esto fallaba, la comadrona gritaba por el conducto del nacimiento: «¡Niño, sal! ¡Cristo te llama a la luz!».

Se enteró de que la nomeolvides y el sauce ayudaban a detener las hemorragias y que el té de anís y eneldo hacía subir la leche.

Aprendió que los recién nacidos son raptados por las hadas si no se les pone sal en la boca y en la cuna, que un bebé que nace por la mañana no verá nunca fantasmas, y que un niño nacido después de la muerte de su padre será capaz de curar las fiebres.

Alyce opinaba que la comadrona conocía mejor las hierbas y los jarabes que Will Russet, aunque Will era igual de bueno trayendo bebés al mundo y mucho más amable con la madre. Alyce pensó que, si alguna vez ella necesitase una comadrona, preferiría mil veces a alguien como Will en lugar de Jane, la cuchillo, a pesar de sus encantamientos y jarabes.

A primera hora de un frío día de noviembre, antes de que el pálido y acuoso Sol iluminara el cielo de la mañana, Alyce salió de casa de la comadrona y se dirigió corriendo al corral de las vacas para ver a los terneros gemelos de Tansy, que se llamaban Baldred y Billfrith en honor a los santos ermitaños locales; iba a darles algunos rabos de nabo para rumiar. Allí, acurrucado junto a Tansy y sus terneros, dormía un muchacho; tenía los labios amoratados, escarcha en el pelo y lágrimas heladas sobre sus delgadas y sucias mejillas. Al entrar ella, se despertó y se levantó asustado.

—Ya me voy, señora —dijo—. No he cogido nada. No he estropeado nada. Ya me voy.

Alyce le sujetó por un brazo.

—Espera, pequeño. No voy a hacerte daño. ¿Quién eres?

—No soy nadie, señora. Ya me voy.

—Todo el mundo es alguien, tú también. ¿Quieres desayunar?

De la manga de su ropa Alyce sacó los rabos de nabo que traía para las vacas y un poco de queso que había guardado para el gato; eso sirvió para calmar el hambre del desnutrido niño.

Lo observó mientras comía. Seis años, más o menos. Quizá un poquitín mayor, puesto que era muy menudo y delgado. Se parecía un poco a ella misma, ahora que se daba cuenta. Y un placer repentino en su interior calentó sus manos mientras acariciaba el pelo del chico.

—La próxima vez estarás más caliente acurrucado en el montón de estiércol, al menos durante estos días fríos —le dijo—. Lo sé por experiencia.

Él se acabó el queso y la miró.

—¿Pan?

—Pan. Voy a buscar un poco. No te muevas.

Alyce corrió a casa, encontró un pedazo de pan que había escondido para el gato, ignoró las preguntas y los encargos de la comadrona y volvió al corral de las vacas.

El chico corría hacia ella por el camino, perseguido por varios muchachos mayores que él que le gritaban y martirizaban con sus horcas y rastrillos.

—¡Mendigo! ¡Ladrón! ¡Chusma! —chillaban.

El niño chocó contra Alyce y ambos quedaron tendidos en el suelo.

—Márchate. Dick —dijo Alyce—, o le contaré a tu abuela quién se bebió la cerveza que guardaba para ella. Y tú, Jack Snaggletooth, todavía guardo aquella botella de sangre de rata...

Los chicos retrocedieron ligeramente. Alyce se levantó, cepilló con una mano el barro de su falda y sujetó al chico con la otra.

—Fuera, he dicho —repitió, dando un paso en su dirección.

—Por tus huesos. Escarabajo. Solamente nos reíamos un poco de él. Ya no tienes sentido del humor.

Y se marcharon a molestar a otra víctima, hasta que los encontraron, les abofetearon y los mandaron a trabajar.

Cuando Alyce y el chico, que dijo llamarse Runt, llegaron a casa de la comadrona, Jane había salido a ver a Kate, la hija del tejedor, que tenía problemas para dar de mamar a su bebé. Alyce llevó al chico al patio, le limpió la cara con su falda y retiró la paja de su pelo. Mientras lo hacía, le dijo que Runt podría ser un buen nombre para un cerdito, pero no para un niño tan guapo como él, y también que le encontraría un lugar donde dormir y algo para comer con regularidad, pero que antes necesitaba un nombre de verdad, porque ella no podía ocuparse de alguien llamado Runt.

—¿Cómo te llamas tú? —le preguntó el chico.

—Alyce —dijo Alyce.

—Entonces yo también me llamaré Alyce.

—Tú no puedes ser Alyce, es un nombre de chica.

—¿Cómo se llama el rey?

Alyce no lo sabía, así que escondió al chico en el gallinero y se fue a la aldea preguntando a la gente cuál era el nombre del rey.

—Piernas Largas —dijo el panadero.

—Martillo —dijo Thomas, el del puente.

—Diablo —dijo Brian Taylor, que era escocés y tenía razones para pensar así.

—Simplemente rey y basta —dijeron varios.

—Edward —dijo el alguacil—. El rey se llama Edward.

—Edward —dijo Alyce al chico.

—Entonces me llamaré Edward —dijo Edward, que antes se hacía llamar Runt.

Alyce asintió.

En ese momento vio a la comadrona que se acercaba, así que Alyce escupió en sus dedos y limpió un poco de suciedad de la mejilla de Edward.

—Vete —dijo—, sigue este camino hasta el palacio. Allí contratan chicos para ayudar en la siembra. Diles que te envía Jane, la comadrona, y recuérdales el buen trabajo que hizo trayendo al mundo al hijo cabezón de Lady Agnes. Ahora vete.

Edward negó con la cabeza y se agarró a su falda con los puños bien cerrados, pero ella le rechazó. Así que alisó su túnica y se fue, mirando hacia atrás una vez para enviar un valeroso y trémulo saludo a Alyce.

La comadrona, molesta con Alyce por haberla ignorado, la mandó a hacer las tareas menos agradables: asar hígados de rana, hervir caracoles para convertirlos en jalea y limpiar de pinchos las rosas.

A Alyce no le importó, ya que no pensaba en su trabajo, sino en el rostro de Edward y en la cantidad de pan y de queso que habría en el palacio esperando poder llenar el estómago vacío del chico.

La huida

Alyce estaba sentada junto al fuego una fría mañana de noviembre atando ramas de abedul para hacer una escoba cuando oyó unos aldabonazos en la puerta. Jane abrió a Matthew Blunt, cuya madre estaba a punto de dar a luz a otro bebé y quería que Alyce fuera a ayudarla.

—Por los huesos de san Policarpo, ¿quién es Alyce? —bramó la comadrona.

El muchacho movió la cabeza para señalar a Alyce.

—Ella. Vuestra aprendiz. Mi madre dice que Alyce ayudó a su hermana Joan, la mujer del alguacil, cuando nadie más podía hacer nada, y que no quiere a otra más que a Alyce.

—¿Ella? ¿El escarabajo pelotero? —tembló la comadrona sin creerlo—. ¿Quieres que vaya ella, que no tiene idea de nada y le da miedo todo y hace sólo lo que yo le ordeno y ni siquiera eso lo hace bien?

Y le dio un golpe a Alyce en la mejilla.

—Mi madre no quiere a otra —repitió el chico.

La comadrona parecía un perro enloquecido, escupiendo, farfullando e intentando encontrar palabras que mostraran toda su rabia.

—Vete, «Alyce». ¡Traidora! ¡Ladrona! ¡Comes mi pan y robas mis madres! ¡Vete!

Cuando empezó a tirarles cacharros a la cabeza, Alyce y el chico se apresuraron a salir y no pararon de correr hasta llegar a casa de Adam Blunt. Alyce se quedó fuera durante un minuto, sorprendida por haber sido llamada y sin saber si debía sentirse halagada, hasta que el chico le dio un codazo y la empujó hacia la puerta. Ella apartó el pelo de sus ojos, se mojó los labios con la lengua y entró.

La casa estaba caldeada, y Emma Blunt todavía más a causa de sus esfuerzos para tener al bebé y acabar de una vez. Alyce le frotó el vientre, canturreó y se afanó tal como había hecho con la mujer del alguacil. Dio a Emma té de hojas de frambuesa y vino de consuelda. Avivó el fuego, cerró las ventanas y en tres ocasiones llamó a gritos al bebé. Después mandó a Matthew a buscar raíz de serpentaria, apagó el fuego y abrió todas las ventanas. Sin embargo, el bebé no quería salir, como si se agarrara a su madre, reticente a separarse de ella y a quedarse solo. Y Alyce, si bien ya era capaz de traer al mundo a un bebé dispuesto a nacer, no tenía ni idea de cómo animar a uno tan reacio.

Así pues, se acercaba el mediodía y Emma seguía agitándose en su lecho sin ninguna señal del bebé. Alyce empezó a dudar y a perder la confianza en sí misma sin

la comadrona; si al menos estuviese allí Will Russet para decirle qué tenía que hacer. Así que, no queriendo meterse en problemas, ni acarrearlos a Emma, se incorporó y dijo:

—No puedo hacerlo.

Lavó la cara de Emma, arregló su cabello húmedo de sudor, suspiró profundamente y envió a Matthew en busca de la comadrona.

Emma y el bebé que no quería nacer descansaron del esfuerzo, pues todo estuvo en calma hasta que la comadrona irrumpió en la casa como el viento que precede una tormenta, haciendo salir a todos mientras se preparaba para atender a la madre y al bebé.

Insultó y animó, empujó y atizó, preparó brebajes y estofados y medicinas. Untando sus manos con harina de maíz y aceite, fregó y amasó, empujó y tiró, y dio la vuelta al bebé de dentro hacia fuera hasta que finalmente estuvo en una posición que le permitiera salir. Después palmeó el gran vientre abultado de Emma, la incorporó sujetándola por los hombros y le dio una fuerte sacudida.

Todo era caos, ruido, calor y sangre, hasta que, finalmente, por encima del tumulto, Alyce pudo oír el llanto de un bebé, los gruñidos de una madre cansada y la risa de la triunfante comadrona.

Alyce salió de la casa y corrió hacia el camino, sin saber por qué ni hacia dónde. Detrás de ella dejaba la decepción y el fracaso. La comadrona no había utilizado ninguna magia. Había traído el bebé al mundo a base de trabajo y habilidad, sin encantamientos; por tanto, Alyce también habría tenido que ser capaz de hacerlo, pero no había podido. Había fracasado. Extrañas sensaciones cosquilleaban su garganta, pero no lloró, puesto que no sabía cómo hacerlo. Tan sólo un peso enorme se instaló en su pecho, aunque ni gruñó ni gritó, puesto que nunca le habían enseñado cómo expresar con palabras sus sentimientos. Únicamente sabía huir.

Así pues, en una fresca y soleada tarde del día de San Martín, mientras los aldeanos mataban sus ovejas y sus cerdos para tener carne en invierno, mientras Meggy Miller batía sangre de oveja para la cena, mientras Will Russet y Dick recogían madera de haya y roble, de fresno y castaño, para el invierno, mientras Alnoth, el sajón, limpiaba los excusados del palacio y renegaba por haber nacido siervo en lugar de señor, mientras Edward comía un cuenco de sopa de arenque y pensaba en hacer suyo el cálido rincón de la cocina de palacio, mientras Emma, la hermana de la mujer del alguacil, besaba a su hijo recién nacido y se dormía con él encima del pecho, mientras la vida seguía su curso en la aldea, Alyce daba la espalda a todo lo que conocía, aquello que se había convertido en lo que más amaba, y se dirigía al camino sin saber hacia dónde ir. El gato iba con ella.

La posada

El gato estaba hambriento. Empujó el peso que lo oprimía, maullando y arañando, hasta que Alyce se movió y pudo salir de debajo de su cuerpo; quería ver qué tipo de criaturas encontraba por allí que le sirvieran para cazar y comer. Sus movimientos despertaron a Alyce, que se incorporó y observó a su alrededor.

Primero se estiró y sonrió, dispuesta a empezar un nuevo día; después recordó. Era por la tarde, ella era una fracasada y había huido. Empezaba a llover y se enfrentaba a una noche a la intemperie. Se acurrucó de nuevo como si fuera una bola mojada.

—No soy nada —murmuraba para sí—. No tengo nada. No puedo hacer ni aprender nada. No pertenezco a ningún lugar. Soy demasiado estúpida para ser aprendiz de comadrona y estoy demasiado cansada para vagabundear otra vez. Podría quedarme aquí quieta bajo la lluvia hasta que me muriese...

Y acabó por sucumbir a un sueño sin sueños.

A la mañana siguiente, su joven cuerpo, ahora acostumbrado a dormir bajo techo y a comer caliente en las mañanas frías, se resentía de dolor, hasta que se despertó. Todavía llovía y ella seguía sintiéndose una fracasada sin hogar. Se levantó, apartó algunas hojas de su pelo, se limpió la nariz con la manga y miró a su alrededor por segunda vez.

Sabía dónde estaba. Detrás quedaban la aldea, Emma, la comadrona, y el fracaso... No podía volver. Tampoco podía quedarse ahí, bajo la lluvia, esperando la muerte, porque estaba muerta de frío, hambrienta, incómoda y ¡viva! Así que continuó su huida hacia delante. El gato le pisaba los talones, con el estómago vacío y los pies mojados, pero decidido a seguirla.

Una hora de caminata les llevó al cruce donde se bifurcaba el sendero de la aldea y el camino del mar, y allí Alyce pudo ver, en medio del amanecer de aquella mañana de noviembre, una luz.

Era una posada. Alyce nunca había estado en un lugar semejante; allí se podía encontrar cama o cena si tenías unas monedas. Alyce no disponía de monedas, pero, en cambio, tenía dos manos fuertes y un estómago vacío, así que pronto encontró trabajo en la cocina a cambio de pan y un jergón. Míau se hizo útil manteniendo a los ratones alejados de la cebada y probando el queso de todo el mundo.

La posada no era más que una gran casa de piedra con una habitación encima de la gran cocina, un desván sobre el establo y varias mesas en la sala aptas para dormir

encima o debajo. El posadero se llamaba John, el oscuro, porque era casi ciego, aunque no tanto como para que no pudiera ver una jarra de cerveza vacía en cualquier mesa o pellizcar una mejilla regordeta cuando pasaba por su lado. La mayor parte del trabajo lo hacía su mujer, la rechoncha y rubicunda Jennet, que podía desplumar un pollo con una mano, batir mantequilla con la otra y todavía le quedaba una para levantar por la camisa a un huésped molesto y arrojarlo fuera.

—¡Córcholis! ¡Recórcholis! —dijo Jennet a Alyce a la mañana siguiente—. Me has ayudado tanto que me gustaría que te quedaras una temporada.

Alyce no tenía dónde ir, así que se quedó, agradecida por haber encontrado un trabajo para el que no se sentía tan estúpida, aunque sólo se tratase de limpiar las mesas con arena del río o de despellejar una anguila para una empanada.

Alyce trabajaba duro y se alimentaba casi exclusivamente de judías, pan y la mala cerveza de Jennet. El otoño era cada vez más frío y húmedo, y la posada, aunque sucia y maloliente, resultaba más agradable que cualquier corral o montón de estiércol que pudiera encontrar fuera, así que se quedó, pero con el corazón vacío. No se permitía a sí misma pensar en los meses pasados en la aldea ni en Will Russet ni en Joan, la mujer del alguacil, ni en la comadrona, ya que estos pensamientos le ponían un nudo en la garganta. A pesar de ello, a veces el olor de la basura o el de las manzanas asándose le hacían recordar la aldea de una manera tan viva que levantaba la vista, segura de que había regresado allá por arte de magia, y sus ojos parpadeaban con esperanza y añoranza. En ocasiones se acordaba también del niño al que había enviado a palacio y se preguntaba si lo habrían contratado y si habría obrado correctamente al darle ese consejo.

Pronto llegó Navidad y la posada rebosaba de gente que se iba o que regresaba a su casa. Alyce colgó acebo y hiedra en las vigas de la sala. Llegaron unos músicos a beber algo, y como llevaban sus rabeles, guitarras y sacabuches, se quedaron a tocar. Patos y ocas en grandes brochetas daban vueltas en el fuego crepitante hasta que estaban tostados y jugosos, y su aroma eran tan apetitoso que el gato y los ratones venían de los establos esperando obtener algún pedacito. Todo estaba lleno de color y calor, pero Alyce no disfrutaba de ello. Con el corazón como una piedra, los ojos inexpresivos y la boca apretada como una nuez, se encargaba de los preparativos de la Navidad de la misma manera que habría limpiado el establo, murmurando para sí: «No soy nadie, no tengo nada, no pertenezco a ningún lugar».

Enero amaneció helado y gris, y así siguió, lo mismo que Alyce. Antes de que el gris enero se convirtiese en el negro febrero, le llamó la atención la silueta de una delgada espalda, cubierta con un manto marrón, doblada sobre una mesa junto al fuego, y se dio cuenta de que llevaba viendo la misma espalda doblada junto al mismo fuego desde hacía semanas.

Alyce empezó a observar a aquel hombre, sin saber que él la observaba a ella desde hacía tiempo intentando averiguar qué podía haber apenado tanto a una persona

tan joven. Era alto y delgado como una garza real; sus ojos oscuros destacaban en un rostro que parecía triste, amable, hambriento y frío.

Al principio, creyó que estaba enfermo de viruela, por su larga cara, larga nariz y largos dientes amarillentos, llenos de manchas; después vio que era tinta, que le salpicaba cuando agitaba furioso su pluma de ave. «¡Por los huesos del gato!, ¡está escribiendo, ese hombre sabe escribir!», pensó.

Alyce mantenía los ojos bajos cuando le servía el pan y la cerveza, sin atreverse casi a respirar el mismo aire..., ella, que era demasiado estúpida para ser aprendiz de comadrona.

Una tarde oscura, mientras observaban cómo la gran cerda daba a luz siete cerditos, Jennet le contó a Alyce todo lo que sabía del hombre del manto marrón. Le llamaban Maese Reese y era un erudito de renombre. Se había quedado en la posada a pasar el invierno y trabajaba, cuando no estaba en su habitación, junto a su pupitre, llevando las cuentas y escribiendo cartas a los huéspedes, mientras acababa lo que, según se rumoreaba, iba a ser un importante libro sagrado.

Alyce estudió al hombre. Observó que a John, el oscuro, le gustaba sentarse junto a él, porque no le preocupaba cuántas cervezas le llenaba; que Jennet le servía las porciones más pequeñas o la carne más dura, ya que comía lo que le daban y nunca se quejaba; que nunca se enfadaba con Tam, el mozo de cocina que había sido cocinado por un caballo y andaba un tanto mal de la cabeza, ni siquiera cuando Tam derramaba cerveza o grasa sobre sus papeles; y que sólo las ocas parecían huir de él y se dispersaban corriendo cuando entraba en el patio por temor a que se agenciara otra pluma de sus colas para escribir.

Alyce empezó a barrer aquel rincón del suelo con más cuidado y a restregar aquella mesa más a menudo, con la esperanza de ver qué estaba escribiendo y qué aspecto tenía de cerca, y la curiosidad atenuó su fría tristeza. Al cabo de un tiempo, él intentó hablar con ella, pero ella únicamente se aferraba a su escoba y barría furiosamente en silencio; así que el hombre optó por hablar con el gato.

—Esto, minino —dijo, moviendo hacia el dormido animal la hoja que estaba escribiendo—, es mi obra maestra, un compendio enciclopédico que titulo *El gran espejo del universo, donde puedes hallar reflejado todo el conocimiento del mundo*, recopilado por mí, Maese Richard Reese, M. A., y dedicado a Su Grandiosidad el obispo de Chester, así llamado porque es grandioso en virtudes, todas las virtudes del mundo.

O bien decía:

—Mira cómo hago que la tinta sea más negra: mezclando hollín con polvo de roble hervido.

Y en otras ocasiones:

—Esto, gato, es una «P», como en *pato* o *pele* o *pastel*.

También:

—La letra «S» debe escribirse así, ni más gruesa ni más ondulante ni con una curva más al final, sino simplemente así.

El gato escuchaba con atención, aunque en ocasiones perdía la paciencia con las lecciones y empezaba a mordisquear la juguetona pluma móvil. Alyce también escuchaba y así aprendió algunas letras con el gato. Le gustaban la «O», la «D» y la «G» porque parecían amables. La «Z» parecía mezquina, la «X» estaba embrujada y la «W» la hacía bostezar. La «Q» era la más bonita, pensaba, aunque tuviera que ir acompañada siempre de la fiel «U».

A veces, por las noches, cuando la tripa del gato estaba llena y no tenía que salir a buscar la cena fuera, permitía que Alyce lo acurrucase junto a ella para dormir y, así, ella podía contarle lo que había aprendido durante el día: que *Alyce* y *arcón* empezaban por «A», cuándo había que poner una cola a la «S» y qué letras eran necesarias para escribir *Miau*, aunque el gato, según creía Alyce, sabía las mismas cosas que ella.

Durante el día, cuando no estaba cocinando algo, fregando, cortando leña o despellejando animales, dibujaba letras con un palo sobre el hielo que cubría la madera acumulada para el fuego; dibujaba letras en el hollín de la chimenea utilizando el mango de la escoba; metía el dedo en la sopa de camero y dibujaba letras encima de la mesa de la cocina... Y por la noche, encontraba letras escritas con las estrellas del cielo.

Cuando Alyce supo reconocer todas las letras y una serie de combinaciones, Maese Reese empezó a enseñarle palabras al gato, leyendo en voz alta fragmentos de sabiduría de su gran enciclopedia. El resultado fue que Alyce oyó hablar de los planetas celestiales que circulaban alrededor de la Tierra en profundas esferas transparentes; del gran Imperio Romano, que una vez se había extendido hasta Britania; de una lejana isla con hormigas gigantes que caminaban verticales y que explotaban minas de oro. Aprendió cuáles eran los cuatro humores que dominaban el cuerpo, cómo plantar maíz durante la luna llena y dónde estaban las antípodas. Y todavía no había cruzado una sola palabra con el hombre.

Un día él tiró una hoja que se le había estropeado con una mancha de tinta, y Alyce la recogió y guardó el pergamino en su corpiño. Cada noche, antes de apagar la última vela, trabajaba sobre la hoja, descifrando letras y a veces incluso palabras que le eran familiares.

Una tarde lluviosa en que las gotas brillaban como rocío mágico en las hojas verdes recién nacidas, Maese Reese permanecía sentado y ensimismado junto a una jarra de cerveza amarga. El invierno casi había finalizado y su libro estaba lejos de concluir. ¿Qué haría ahora? ¿Debía quedarse o marcharse?

—¿Qué quiero hacer ahora? —se preguntó.

Y observando a Alyce que barría cerca de él, le preguntó:

—¿Qué quiero?

Luego la señaló con el dedo y añadió:

—Y tú, muchacha de la posada, ¿qué quieres?

Alyce se quedó petrificada. Pensó en irse a barrer en otra dirección, pero el sobresalto causado por aquella pregunta tan directa quedó mitigado por la intriga que le despertó. ¿Qué quería ella? Nadie se lo había preguntado nunca, así que se lo tomó en serio: «¿Qué es lo que yo, Alyce, la muchacha de la posada, quiero?».

Mordisqueó un mechón de su pelo para ayudarse a pensar: «¿Qué deseaba la gente? ¿Un pastel de frambuesa? ¿Zapatos nuevos? ¿Una cómoda casita y un pedazo de tierra?».

Pensó durante toda la húmeda tarde y, finalmente, cuando estaba sirviendo a Maese Reese su cena fría de pan y carne de buey, aclaró su garganta una o dos veces y respondió con suavidad:

—Ya sé qué quiero: la panza llena, el corazón alegre y un lugar en el mundo.

Maese Reese la miró sorprendido.

—Pides mucho para ser una muchacha de posada. Imaginaba que pedirías un novio o una cinta amarilla para tu negro pelo.

—No, eso es lo que quiero, pero mi mala suerte me hace pasar hambre, estar de mal humor y ser demasiado estúpida para servir como aprendiz de comadrona.

—No eres tan estúpida —dijo él—. Puedes leer tan bien como el gato.

Alyce sonrió. Y así pasó el invierno y llegó la primavera.

Visitas

Jennet estaba muy satisfecha con Alyce. La muchacha no robaba comida, ni le sisaba cerveza ni tonteaba con los huéspedes. Era fuerte, voluntariosa y no se quejaba; y tenía sentido común para hacer lo que se le ordenaba sin preguntar. Así pues, Alyce encendió fuegos, fregó suelos y acarreó agua a lo largo de toda la primavera.

Aprendió también a hacer el pan bien esponjoso y a pesar las jarras, de manera que servía aire o hierro a precio de pan o cerveza. Cocía quién sabe qué animal salvaje en el estofado y lo llamaba buey o conejo. Cuando llegaban huéspedes de apariencia distinguida y Jennet ordenaba a Alyce, en voz alta, poner sábanas limpias en la cama grande, Alyce sabía que no debía hacer tal cosa; lo importante era que los huéspedes lo hubiesen oído y se quedasen tranquilos.

—¡Truenos y relámpagos! —acostumbraba a decir Jennet—. No soy más que una pobre mujer con esta mísera posada y un hombre ciego a quien cuidar. Estoy segura de que Dios no me tendrá en cuenta mis pequeñas economías.

Y así seguía, porque era tan rechoncha, rubicunda y alegre como honrada, así que engañaba a todos por igual.

La primavera voló hacia mayo, cuando los árboles se llenan de flores, y Maese Reese decidió quedarse una estación más. Entonces, llegó a la posada un apuesto joven que se comportaba tan gentilmente que Alyce creyó que se trataba de un caballero o un alcalde, y que resultó ser el aprendiz de carpintero de palacio. Le observó y le escuchó y, finalmente, cuando le servía su empanada de camero, osó preguntar:

—Edward, el niño que llegó a palacio para sembrar, ¿le conocéis? ¿Cómo se las apaña?

—Nunca he oído hablar de él.

—Es un niño de unos siete años, aunque pequeño y canijo para su edad.

—No le he visto nunca. Puede que huyera o muriera o fuera devorado por una cabra.

El aprendiz de carpintero sonrió ante la ocurrencia y mostró el camero pegado entre sus distinguidos dientes.

El corazón de Alyce dio un vuelco. ¿Hasta para ayudar a Edward había sido una inútil? ¿El pequeño no estaba a salvo en palacio como ella pensaba sino en algún

lugar desconocido, en peligro y sin recursos? ¿O quizá el apuesto joven no se fijaba en los niños pequeños?

Más adelante, un día casi veraniego, cuando los manzanos estaban repletos de fruta, llegó otro visitante. Alyce acababa de aguar la cerveza y estaba añadiendo serrín a la masa de la empanada cuando oyó el ruido de un carro en el patio de la posada. Había llegado una carga de leña para la cocina y andando detrás del carro estaba el muchacho pelirrojo de la aldea, Will Russet.

Alyce olvidó por un momento que ya no era la aprendiz de comadrona, sino una fracasada y, secándose las manos enharinadas en la falda, corrió fuera.

—¡Will! ¡Will Russet! ¡Soy yo, Alyce!

—¡Alyce! —dijo—. Nos preguntábamos dónde te habrías metido y si estarías bien. ¿Qué estás haciendo aquí?

La alegría desapareció del rostro de Alyce.

—Despellejo conejos, friego suelos y limpio el excusado. Soy la criada de la posada.

—Y la criada de posada más guapa que existe en el mundo —dijo Will—, o lo serías si limpiaras la harina y la suciedad de tu cara. Ven y charlemos mientras descargo el carro.

Alyce escupió en los dedos y se restregó la cara, pero sólo consiguió ensuciarse más la cara y las manos. Así que desistió y siguió a Will hasta la pila de leña, donde se sentó a oír noticias de la aldea: Pequeña Alyce estaba gorda y hermosa, y ya tenía tres dientes; la mujer del panadero tenía a su marido atado corto a sus hornos; Grommet Smith se había casado con Aldon Figtree, el ayudante del mayordomo de palacio, un hombre pequeño y tímido que la llamaba «querida señora Figtree» y se mantenía a una prudente distancia por miedo a ser aplastado como una mosca.

—¿Y tú cómo estás, Alyce? —le preguntó Will cuando terminó con las habladurías—. ¿Por qué huiste?

Alyce pensó que podría decirle «la aldea no me gustaba» o «la comadrona era una pesada, codiciosa y malhumorada» o «me di cuenta de que no me gustaban los niños»... Pero cuando abrió la boca, le explicó la historia de su fracaso con Emma Blunt y cómo descubrió que era demasiado estúpida para ser aprendiz de comadrona.

—Bah, Alyce, yo te vi con Tansy. Tienes coraje y sentido común. El hecho de que no lo sepas todo no significa que no sepas nada. Incluso la misma Jane, la cuchillo, no lo sabe todo, aunque ella crea lo contrario —dijo Will, sonriéndole con unos ojos tan verdes como la hierba fresca y tan francos como el cielo de verano.

Repentinamente tímida, Alyce corrió a la posada y así finalizó la visita, aunque la recordó una y otra vez durante las semanas que siguieron.

Antes de finalizar el mes, apareció en la posada otro rostro familiar. Un día, cuando Alyce regresaba de recoger acedera para preparar una salsa, vio en una mesa a Jane, la cuchillo, la mismísima comadrona, con su griñón almidonado y su segundo mejor vestido, enfrascada en una seria conversación con Maese Reese.

Alyce notó el calor en su cara y después un frío intenso como el de los pies desnudos en enero. Se le hizo un nudo en la garganta y los ojos comenzaron a picarle imaginando a la comadrona contándole a Maese Reese la estupidez de la muchacha, su incompetencia y su fracaso. «Huye», se decía a sí misma. «Huye». Pero la vergüenza era menor que la curiosidad... Eso y el deseo de no dejar a Maese Reese con la peor imagen de sí misma la impulsaron a quedarse. Se escondió en las sombras de la habitación para escuchar sin ser vista.

Jennet la pellizó y puso una jarra en sus manos, así que empezó a moverse hacia la mesa tan lenta y silenciosamente como pudo, hasta que estuvo lo bastante cerca para oír:

—Y le preparé un poco de mi té de salvia, ineficaz para una mujer a punto de abortar debido a la inestabilidad de su vientre...

Jane, la cuchillo, ni siquiera hablaba de Alyce, sino de ella misma (Alyce debía haberlo supuesto), y Maese Reese lo anotaba todo en su gran enciclopedia, mientras el gato mordisqueaba su queso y su pan.

Jane continuó:

—Yo misma utilizo un té de corteza de aliso negro y copos de centeno para detener las hemorragias, aunque he oído que los rubíes, tanto si los llevas sobre el cuerpo como convertidos en polvo y bebidos con vino caliente, son mejores, si la mujer es lo bastante afortunada para poseer rubíes y lo bastante rica para molerlos en...

Ni siquiera vio a Alyce cuando le llenó de nuevo la jarra. Alyce volvió a parapetarse en las sombras.

—Will Russet —oyó que la comadrona decía a Maese Reese—, un muchacho de la aldea, me contó que mi aprendiz está aquí, en la posada. Mi antigua aprendiz, quiero decir, porque huyó. ¿La habéis visto por aquí? Una chica delgada, con rizos negros y grandes ojos tristes, a la que le da miedo hasta decir «hola».

Antes de que Maese Reese pudiera responder sí o no, la comadrona siguió:

—No era tan estúpida como otras que he tenido, y además era mejor compañía, claro que quizá su marcha fuera para bien. No era lo que yo necesitaba.

—Porque fallé —susurró Alyce en las sombras.

—Porque se rindió —siguió diciendo la comadrona—. Yo necesito una aprendiz que haga lo que yo le diga, coja lo que le dé, que pruebe y arriesgue y falle y vuelva a intentarlo sin rendirse. Los niños no dejan de nacer aunque la comadrona se rinda.

Miró intensamente a Maese Reese un momento, bebió su cerveza de un largo trago y se fue.

El palacio

Antes de que el camino que sale de la posada dé la vuelta en un recodo para seguir hacia la aldea, hay un sendero escondido que conduce al palacio. Los visitantes utilizan el camino real, que atraviesa la verja y pasa por delante de los manzanos y el establo.

Alyce, en sus idas y venidas de la aldea, utilizaba el sendero, aunque nunca había necesitado subir al palacio..., hasta aquella tarde, cuando aparecieron las primeras florecillas doradas en los codesos y la vaca Girtle dio a luz su primer ternerillo, una cosita dulce y pegajosa que Alyce pensó en llamar Capullo de Rosa, porque tenía el color de las rosas que crecían junto a la iglesia de la aldea.

Mientras observaba a Girtle mimando y lamiendo a Capullo de Rosa, arropándolo contra su cuerpo caliente para darle calor, Alyce sintió unas repentinas ganas de ver al pequeño Edward, allá en el palacio, y de comprobar con sus propios ojos que se encontraba allí, bien alimentado, seco y seguro. Si era desgraciado y la echaba de menos, quizá se lo llevaría a la posada para cuidar de él como Girtle cuidaba de Capullo de Rosa. Durante días alimentó esta idea y, cuanto más pensaba en ella, más acertada le parecía.

Imaginaba que Edward, al verla, diría:

—Alyce, no te has olvidado de mí.

Lloraría y le echaría los brazos a la cintura.

—¿Has venido a buscarme? Espero que sí, porque estoy triste aquí sin ti, me muero de hambre y me golpean y me obligan a dormir en la nieve, a la intemperie, y no le importo a nadie.

Abrazaría al chico y juntos volverían a la posada, donde Alyce se ocuparía de Edward, lo que le haría muy feliz.

Necesitaba a Edward para que todo fuera bien. Estaba segura. Así pues, un día en que Jennet había ido al mercado de Edenwick a comprar un cazo de cobre, un cerdo joven y un trozo de encaje para su mejor manto y no había más huéspedes que Maese Reese, Alyce dejó al gato en el establo para que no la siguiera y, con el sol caldeando su espíritu invernal, se dirigió al palacio subiendo la colina gris verdosa.

Al atravesar los campos de la aldea, vio a Roger Mustard y a Thomas, el tartamudo, segando con las guadañas y sintió en su pecho y en su garganta sentimientos familiares, pero giró la cabeza para no tener que pensar en lo que había tenido y había perdido.

El palacio brillaba a la luz del sol. En primer lugar se dirigió al granero, donde los hombres afilaban azadas y hoces, preparándose para la veraniega cosecha del heno.

—¿El pequeño Edward? —preguntó a un hombre alto, de nariz colorada—. El niño que llegó después de la cosecha para ayudar en la siembra, ¿está aquí todavía?

El hombre se dio la vuelta y miró a Alyce.

—Olvida a ese tal Edward, ricitos. Me llamo Mat y soy seis veces más hombre que él. Súbete a esta bala de heno y dame un beso cálido y húmedo.

—Puede que mi pelo sea rizado, pero mi carácter no lo es —respondió Alyce—. Guarda tus besos húmedos para tu mujer o para tu vaca.

Alyce dejó el granero y se dirigió a la herrería, donde el herrero y sus aprendices martilleaban pedazos de hierro para hacer herraduras para los caballos.

—¿El pequeño Edward? —preguntó de nuevo.

Las respuestas eran observaciones rudas, risas y sonidos de besos de los hombres, demasiado malhumorados u ocupados o cansados para responder a las preguntas de una muchacha desconocida.

—¿Un niño llamado Edward? —preguntó Alyce a la ayudante de cocina, que despellejaba un cerdo en el patio, a la lavandera, que hervía grandes ollas de grasa de oca para hacer jabón, a los carpinteros, que construían un ataúd para el viejo Ned, que había muerto esa mañana.

Nadie respondía.

—¡Por los huesos del gato! —dijo Alyce—. Me daría lo mismo preguntar a la hierba.

Finalmente, encontró el cobertizo que servía de cocina y allí encontró a una cocinera que, a juzgar por las palabras que surgían de su boca sin que nadie la escuchara, no sería reticente a hablar con Alyce.

—Por favor, señora —dijo Alyce, que había aprendido que los *señores* y *señoras* eran útiles con cocineras y mozos de establo cuando había que pedir un favor—. Os lo ruego, señora, el pequeño Edward que llegó después de la cosecha para ayudar en la siembra, ¿está aquí todavía? ¿Le habéis visto alguna vez?

—Ah, el corderito —canturreó la cocinera, agitando su cucharón ante Alyce—, el corderito. Está aquí. Aunque es demasiado pequeño para sujetar este gran mayal o para aguantar las hachas y los arados y los improperios de los hombres. Por eso intento ocuparme de él, pobrecito, y le busco tareas fáciles, adecuadas para un niño tan pequeño.

La cocinera se sentó; tenía la cara roja por el calor y la emoción y el vapor del estofado. Se quitó un gran zapato de piel y lo utilizó para abanicarse. Se acercó a Alyce.

—Seguramente tú eres la hermana de la cual habla, porque os parecéis, casi podríais pasar por gemelos.

Luego la cocinera murmuró algo para sí, enojada.

—¿No seréis gemelos? —le preguntó a Alyce, acercándose más—. No soporto a los gemelos.

—No, señora. Ni siquiera somos hermanos.

—Ah, nunca se sabe, corazón, porque sois tan parecidos como dos guisantes. Sólo que no sois gemelos.

—No, señora, gemelos no —volvió a decir Alyce, pensando por qué tener terneros gemelos, como Baldred y Billfrith, era motivo de gozo y una bendición, mientras que los bebés gemelos nacían con mala estrella y representaban una desgracia.

—Bien, gatita, ve a buscar a tu hermano al gallinero, detrás del granero, donde le he mandado a buscar huevos para hacer una tortilla de perejil. Y volved a comer pan y tocino.

La cocinera se secó el sudor de su brillante cara en la falda, sacó una mosca de la gran olla de sopa que estaba removiendo y empezó a hablar consigo misma, ya que encontraba interesante su monólogo en el que nadie le llevaba la contraria.

Edward

El palacio empezaba a quedarse tranquilo; se preparaba para la noche y la cena y la cama. Alyce pasó junto a los hombres que regresaban de los campos, con las guadañas, azadas y rastrillos sobre sus cansados hombros; junto a los ordeñadores, que lavaban las batidoras y se paraban de vez en cuando para chupar la dulce mantequilla de sus dedos; los pastores, que traían sus ovejas para trasquilarlas al día siguiente y elevaban la música de sus gaitas hacia el azul del cielo hasta que se perdieron en el silencio.

Detrás del granero, en el gallinero, encontró a Edward, con la cesta de los huevos todavía vacía, arrodillado ante los pollos.

—Así —decía al más grande y peleón—, tú eres el rey y tú —señalaba a una gallina pequeña con plumas moteadas— eres la reina, porque pareces amable y maternal, y todos nosotros seremos los caballeros y nos imaginaremos que va a haber una gran batalla con los escoceses, pero no nos importa porque estamos seguros de la victoria.

Al llegar a este punto, Edward levantó los ojos y vio a Alyce observándole.

—Alyce —gritó, saltando y abrazándose a su cintura—. Alyce, no te has olvidado de mí.

Alyce recordó sus suposiciones mientras el chiquillo la abrazaba y sonrió. Todo saldría bien.

—Ven, Alyce, tú también puedes ser un caballero y desfilaremos hacia el Norte, vamos, hasta el establo.

—Edward, te mandé aquí para trabajar y que tuvieses comida, calor y un lugar donde guarecerte y tú juegas a caballeros con los pollos. ¿En qué estás pensando? —pellizcó la nariz de Edward y retiró una pluma moteada de su pelo—. Vamos, te ayudaré a recoger bastantes huevos para tener contenta a la cocinera, y después hablaremos.

—Alyce, ¿qué haces en palacio?

—He venido a ver cómo estás, y menos mal que se me ha ocurrido, porque me parece que no tienes más seso que un grano de avena. ¡Tu hermana! ¿Qué son esas mentiras que has contado a la cocinera?

—No son mentiras, Alyce. Yo deseaba una hermana porque los demás chicos de la cocinera tienen hermanos y hermanas. ¿Has venido para llevarme contigo?

Antes de que Alyce le asegurara que había ido a rescatarle y que todo iría bien, él continuó:

—No lo harás, ¿verdad, Alyce? Porque aquí estoy muy bien y tengo suficiente comida, y cuando la cocinera está enfadada conmigo, duermo con las gallinas e imagino cosas. Nadie me molesta, e incluso Lord Arnulf sabe mi nombre.

Así comprendió Alyce la gran distancia que a veces hay entre lo que uno imagina y la realidad. No se llevaría con ella a Edward para estar tranquila, pero ahora sabía que no le había defraudado, y dejó escapar un profundo suspiro de tristeza, disgusto y alivio. Le supo tan bien que volvió a suspirar una y otra vez, hasta que sus suspiros se convirtieron en sollozos y derramó sus primeras lágrimas en el gallinero, con Edward armando a las gallinas para la batalla. Edward le dio unos golpecitos en la espalda, en las manos, y la consoló tan bien como puede hacerlo un niño pequeño: la animó haciendo bailar su diente suelto.

De camino hacia la cocina, Edward empezó a convencerla para que pasara la noche allí y ella aceptó, a sabiendas de que Jennet la reñiría por ausentarse; pero todavía no estaba preparada para abandonar a Edward y sus alegres sueños.

Mientras comía su pan con tocino, mientras Alyce ayudaba a Edward a amontonar paja en un rincón de la cocina, mientras le observaba cuando estaba a punto de dormirse, Edward no cesaba de hablar de la vida en el palacio. Le habló de los nobles caballeros y las damas con vestidos de seda que venían a las fiestas y a las cacerías y bailaban como las hojas de otoño en el gran vestíbulo, a la luz de los candelabros; le habló de los caballeros que medían sus espadas entre ellos cuando practicaban en la escuela del patio; de los albañiles que mezclaban mortero y ladrillos para construir una gran torre nueva en el extremo del vestíbulo que parecía subir hasta el cielo. Describió la diversión de comprar y vender en la gran feria de caballos de otoño, las nerviosas preparaciones que acompañaron la llegada de un obispo o un clérigo, calzado de terciopelo, y la emoción de observar cabalgar a los hombres del barón para enfrentarse a un gran jabalí enloquecido que se había acercado demasiado a la aldea. Y se lamentó de su suerte, porque sólo hacía tareas pequeñas, no le permitían ayudar en la recolección ni en la labranza y le reñían por ser pequeño y debilucho, por estar pegado a las faldas de la cocinera y por no servir para nada sino para recoger los huevos. Finalmente, cuando sus ojos estaban a punto de cerrarse, dijo:

—Cuéntame un cuento, Alyce.

—No sé cuentos.

—Claro que sabes. Todo el mundo sabe.

—Bien, Jennet me contó que una noche un alcalde que estaba de visita se cayó de la cama, se golpeó la cabeza y se imaginó que era un gato, así que durmió toda la noche en el suelo mirando las ratoneras.

—Eso no es un cuento, Alyce. La cocinera me cuenta cuentos. Un cuento debe tener un héroe y acontecimientos importantes.

—Ah, bien. Pues había una vez un niño que era pequeño y canijo, pero era lo suficientemente valiente para hacer lo que tenía que hacer aunque no le gustara y a veces le riñeran. ¿Es esto una historia?

—Casi, Alyce —y cerró los ojos.

La Luna brillaba sobre las nubes de niebla y dos lechuzas ululaban en el patio mientras Edward y Alyce dormían, reconfortados al saber que el otro estaba seguro, caliente y bajo techo y que estaban cerca el uno del otro.

Como al día siguiente tocaba bañar las ovejas antes de trasquilarlas, Alyce y Edward desayunaron su pan con cerveza junto al río para ver el gran acontecimiento.

Edward acabó su desayuno el primero.

—Tengo más hambre, Alyce, y por aquí no hay más que hierba. ¿Sabes si la hierba es buena para comer?

—Pruébala.

La probó.

—Puede ser buena para ejercitar mis dientes y hacer que mi boca tenga mejor sabor, pero sabe a... hierba. Me parece.

—Entonces no la comas.

—¿Qué es lo más rico que has comido nunca, Alyce?

—Creo que sopa caliente en un día frío.

—Un día, hace tiempo, un monje me dio un higo. Era buenísimo, Alyce, blando y dulce. Después de eso, no tuve nada más para comer durante tres días, sólo el olor del higo entre mis dedos. ¿Te acabarás el pan, Alyce?

Alyce le dio su pan, que era lo que Edward quería y Alyce intentaba desde hacía rato.

Parte del río había sido embalsado para formar una piscina. Los hombres se metían en el agua hasta la cintura, mientras los peludos pastores, que se parecían a sus ovejas, conducían a las lanudas bestias al agua para quitarles las pulgas y restregarlas con el fuerte jabón amarillento. El río estaba lleno de bullicio, con los ladridos de los perros, los balidos de las ovejas, los gritos y juramentos de los hombres, y los furiosos balidos de los corderos separados de sus madres. Edward pronto empezó a emparejar a madres e hijos.

Agarraba a los corderitos que balaban y corría de una madre a otra hasta que encontraba la que le correspondía a cada uno, a pesar de que le golpeaban en su prisa por frotarse la nariz entre ellos.

A medida que el día se hacía más caluroso, el río parecía más fresco y, finalmente, Alyce, se remangó la falda hasta el cinturón y se metió dentro. Los atareados hombres agradecieron otro par de manos y pronto aceptaron la ayuda de Alyce. Primero, sujetó las lanudas cabezas mientras les frotaban el lomo, pero una oveja vieja se enojó al ser sujeta y, apoyando las patas delanteras en el pecho de Alyce, empujó a la joven al agua. Alyce, tosiendo y escupiendo, cambió su trabajo

con el hombre que las enjabonaba. Limpias y sin pulgas, las ovejas nadaban hacia la orilla y salían corriendo del agua, ágiles como cabras y hambrientas como cerdos.

Hacia media tarde había finalizado todo. Mientras Edward y los pastores conducían a los rebaños a través de los campos a sus rediles, Alyce extendía y secaba sus mojadas manos en su también mojada falda. «Qué maravilla», pensó mirándose las manos. Qué blancas y suaves eran. El efecto del poderoso jabón y la espuma habían conseguido lo que nunca había logrado después de años de lavarse con agua fría: sus manos estaban realmente limpias. No había suciedad entre los dedos ni alrededor de las uñas, ni tierra en las líneas de las palmas de sus manos. Se sentó apoyándose en un árbol, extendió las manos ante ella y las admiró. Qué limpias estaban. Qué blancas.

De repente se irguió. ¿Sería el resto de su cuerpo así de blanco y limpio bajo la roña? ¿Su rostro era blanco y limpio? ¿Estaba Will Russet en lo cierto?... ¿Podía ser incluso guapa bajo su capa de suciedad? Nunca había habido nada bonito en ella: brazos delgados, pies grandes y sucios... Aunque últimamente le habían dicho que su pelo era negro y rizado, y sus ojos, grandes y tristes. ¿Por qué no? Puede que fuera bonita.

Alyce miró a su alrededor. El trabajo había finalizado y las ovejas estaban en los rediles secándose; al día siguiente las esquilarían. El río estaba vacío y grandes trozos de grasiento jabón amarillo flotaban aquí y allá. Alyce encontró un lugar del río por encima del embalse provisional, se quitó la ropa y se metió en el agua. Frotó su cuerpo con el jabón amarillo y un puñado de arena hasta que le escoció. Se acurrucó hasta que el agua le llegó a la barbilla, lavó su pelo y miró cómo flotaba a su alrededor hasta que le entró frío.

Alyce se puso de pie en el agua y se miró. Mucho más limpia, aunque un poco rosada y arrugada después del largo remojón. ¿Bonita? Puede que incluso eso, ya que conservaba todos sus dientes y sus miembros, un rostro sin señales de viruela o brujería, y quizá, ahora, más felicidad y esperanza que tristeza en esos grandes ojos que hasta la comadrona había apreciado.

Lavó sus ropas, se las puso todavía húmedas y corrió a la cocina para secarse un poco cerca del fuego.

Pronto llegó la hora de despedirse de Edward.

—Has de saber que no estaré lejos de aquí y te prometo venir por Navidad, Pascua y el día de tu santo. Y para ver cómo crece este diente.

Edward se rió. Había disfrutado del día, había realizado un trabajo de hombre y le había llevado a casa a hombros un pastor gigantesco llamado Hal. Estaba satisfecho: tenía un lugar en palacio, los cuidados de la cocinera y la amistad de Alyce. De repente, no se sentía tan pequeño.

Alyce le dio un abrazo y un cachete, y sintió el picor en la garganta y en los ojos que indicaban que podía llorar de nuevo, ahora que sabía cómo hacerlo. Bajó el sendero del palacio, parándose a cada paso para volverse y decir adiós a Edward,

hasta que el sendero daba la curva. Entonces perdió de vista a Edward y lo único que veía era el camino delante de ella.

El bebé

Una noche se notaba una calma tensa, como si el mundo contuviera el aliento. «Se avecina tormenta», pensó Alyce al cerrar los postigos de madera de las ventanas antes de que el cielo hiciera explosión.

Justo entonces un grupo de jinetes se acercaba cabalgando hacia el patio de la posada: un hombre que parecía rico por la cantidad de joyas que llevaba, una dama robusta que parecía enferma, y sus criados, un hombre y una mujer hoscos y de aspecto poco inteligente. El hombre ayudó a desmontar a la dama y se apresuraron a entrar en la posada, dejando que Tam, el mozo, guardara los caballos y los cobijara y alimentara para pasar la noche.

Puesto que parecían importantes, Jennet en persona salió a interesarse por sus necesidades.

—¿Cena, señor? ¿Buey frío y el mejor pan del condado? ¿Una jarra de cerveza o un poco de vino del Rin?

—No queremos comida —dijo el hombre.

—¿Pues, en qué puedo servirlos?

—De ninguna manera, señora, a menos que seáis un clérigo, un mago o un doctor en medicina. Mi esposa está siendo devorada por un gusano que tiene en el vientre.

La mujer se quejó un poco y después soltó un alarido que casi eclipsó al trueno que sonaba sobre sus cabezas. Jennet se molestó cuando el hombre empezó a apartar platos y jarras de la gran mesa y ayudó a su esposa a echarse.

Jennet agarró una jarra de cerveza de John, el oscuro, y se la ofreció a la quejosa mujer. Observó un momento y después posó su mano rojiza sobre el vientre de la mujer.

—La verdad, señor, es que creo que vuestra esposa está a punto de dar a luz.

El hombre miró a Jennet incrédulo y con desagrado.

—¡No digas tonterías, loca! Mi esposa ha sido estéril desde el día de nuestro matrimonio y no alimenta nada más que descontento. Ciertamente ha engordado últimamente, pero es debido a la empanada de arenque y los pasteles de almendra. ¿Dar a luz? ¡Imposible!

Jennet la observó un poco más.

—No sólo es posible, señor, sino que lo hará muy pronto.

El grupo entero miró entonces a la mujer que yacía sobre la mesa, que luchaba por sentarse y empujaba tanto que su cara roja parecía a punto de estallar.

—Imposible —repitió el hombre, un poco menos seguro esta vez—. ¿Qué vamos a hacer?

La mujer bramó como un toro y John, el oscuro, se apresuró a salir; definitivamente prefería soportar la tormenta.

—Hay una comadrona en la aldea que se encuentra siguiendo este camino hacia abajo. Indicaré el camino a vuestro criado.

Durante un rato en la posada resonaron los estruendos de los truenos, los chillidos de la parturienta y el inútil cloqueo del marido de la mujer.

Finalmente, reapareció el criado, calado hasta los huesos.

—He encontrado la casa de la comadrona donde me indicasteis —dijo—. La comadrona no estaba ni había ningún fuego encendido; seguramente otro niño quiere venir al mundo esta noche con la ayuda de la comadrona. Éste deberá hacerlo por sus propios medios.

Todo se convirtió en ruido y confusión mientras la mujer volvía a empujar y empezaba a chillar. Su marido le dio su anillo rojo para que lo sujetara. Jennet le dio cerveza. El criado le dirigió una mirada sombría y salió a reunirse con John, el oscuro, bajo la lluvia.

A medida que avanzaba la noche, los gritos de la mujer aumentaban de volumen. Jennet la sacudía y la zarandeaba. Ella sabía hacer vino y amasar pan, pero nada conocía de bebés, y sus zarandeos no ayudaban en nada. Maese Reese salió y volvió, salió y volvió, incapaz de ayudar aunque sin atreverse a marcharse. Alyce observaba desde su escondite debajo de la escalera. No deseaba tomar parte en la escena, porque los sonidos y olores le eran demasiado familiares y le recordaban su fracaso con Emma Blunt. Pero tampoco se iba, por simpatía y compasión hacia la señora, y por una cierta curiosidad que la impulsaba a averiguar qué sucedería, cómo acabaría y qué podría hacerse para abreviar el sufrimiento o relajar a la parturienta.

Cuando los chillidos de los acompañantes fueron casi tan intensos como los de la madre, Jennet los echó a todos: a la criada, que gritaba más que ayudaba, y a Maese Reese, que se colocó ante el postigo cerrado hojeando frenéticamente su gran obra en busca de algo que pudiera ser útil y diciendo de vez en cuando:

—Jennet, debes buscar el capullo de un lirio blanco.

O bien:

—¡Pelo de una virgen y huevos de hormiga!

También:

—¡Etites! ¿Quién tiene etites?

Finalmente, Jennet tapó a la gimiente mujer con su capa y murmuró:

—No puedo hacer nada más. Este niño no nacerá.

Y salió de la habitación.

Un relámpago iluminó la sala, vacía, únicamente con Alyce bajo la escalera y la mujer, llorando, sufriendo los dolores de parto, sin ayuda de nadie. Alyce temblaba. «Debería, pero no puedo: lo intenté una vez y fallé», se dijo. «Debes hacerlo», volvió

a decirse. «No eres tan estúpida, dijo Maese Reese. Eres mema, dijo Grommet Smith. Valentía y sentido común, dijo Will Russet. Te rendiste, dijo la comadrona».

—Ayúdame —imploró la mujer de la mesa.

—Guardaos vuestras opiniones y dejadme intentarlo —dijo Alyce, saliendo de detrás de la escalera.

Puso a la mujer de pie y la hizo caminar alrededor de la habitación, parando cada ratito para darle cerveza. Frotó, untó y empujó. Pidió a la mujer que se sentara y se levantara, que se arrodillara y se echara. Invocó a todos los santos que protegen a las madres: santa Margarita y san Gil y santa Felicidad; incluso a san Loy, patrón de los caballos, y a san Antonio, que protege a los cerdos, pues creyó que no estaría de más. Hizo todo lo que había visto hacer a la comadrona, incluso inventó cosas propias.

Cuando pasó la tormenta y la noche se preparaba para el amanecer, en una mesa de madera llena de marcas que había visto más empanadas de cerdo y cerveza que niños, Alyce ayudó a nacer a un niño, con el pelo negro de su padre y la cara roja de su madre.

Alyce no tenía una cesta de lino limpio ni ungüentos ni hierbas, así que arrancó un toscó hilo del dobladillo del vestido de la mujer, ató el cordón del bebé y lo cortó con un cuchillo de trinchar que cogió prestado de la cocina. Como no tenía comino para sellar el cordón umbilical, escupió en su mano y limpió el trozo cortado.

Entonces, Alyce abrió la puerta.

—Tomad, señor —dijo ofreciendo el bebé a su padre—, no era un gusano en la barriga sino un niño llorón y robusto.

La madre gritó desde dentro:

—¡Un gusano en la barriga, bah! La verdad es que yo pensaba que un dragón me estaba comiendo las entrañas. Dame al patán ése, que ya le enseñaré yo a causar tantos problemas y dolores a su madre.

El sorprendido padre llevó al pequeño a su madre, que empezó a regañar y a reprender al pequeñín, mientras acariciaba su negro pelo y tocaba sus manitas, hasta que sus quejas se volvieron arrullos, y sus gritos, agudos gorgoritos, y madre e hijo se durmieron sobre la mesa de la posada.

Alyce vio que el hombre y sus criados la miraban atemorizados.

—¡Ha sido un milagro! —murmuraban—. Hemos presenciado cómo una mujer estéril ha dado a luz. ¡Un gusano del vientre se ha transformado en un inocente bebé y un dragón ha sido derrotado por una muchacha que ha aparecido de la nada!

El hombre le dijo a Alyce:

—Buena joven, ¿eres un ángel o una santa?

Alyce le miró.

—¿Un ángel? No soy ningún ángel.

—¡Entonces sois una santa! —exclamó, y cayó arrodillado lleno de asombro.

—No —repitió Alyce—. Ni santa ni ángel. ¡Por los huesos del gato! Solamente he ayudado a nacer a un niño. Vuestra esposa nunca ha tenido un gusano en el

vientre.

Sin embargo, el hombre y sus criados, todavía de rodillas ante ella, rezaban y agradecían la curación de la dama y el milagro del niño; y, aprovechando la ocasión, la sirvienta pidió una capa caliente para el invierno y que se le cayera la verruga de su barbilla.

Alyce los empujó y salió a la cálida noche. La Luna era redonda y blanca como un queso recién hecho. En un banco, bajo el viejo roble, estaban sentados John, el oscuro, y Maese Reese, compartiendo una jarra de cerveza. Maese Reese le hizo un guiño y sonrió. Alyce le devolvió la sonrisa. Y luego rió, una risa intensa que procedía de su interior salió de su boca y sonó en el aire de la noche clara. Aquél fue el verdadero milagro de aquella noche, la primera de junio..., el mes, como habría podido contarle Maese Reese, que llevaba el nombre de Juno, la diosa romana de la Luna, las mujeres y los partos.

Aprendiz de comadrona

Junio se convirtió en una explosión de flores: margaritas, consueledas, reinas de los prados y tomillo, dedaleras y frambuesas negras, flores de cardo de color púrpura y verticilos amarillos de hinojo florido. Alyce estaba sentada en el prado pensando.

El rico mercader y su esposa deseaban llevarla con ellos a Salisbury para cuidar de su hijo y puede que para realizar más milagros; él intentaba seducirla con zapatos nuevos y un altar.

Maese Reese dejaba la posada para volver a las habitaciones de Oxford que compartía con una hermana viuda y deseaba contratar a Alyce:

—Mi hermana se hace vieja y necesita más cuidados de los que yo puedo darle, y creo que Oxford te gustaría.

A Alyce la halagaba que la invitaran, pero Jennet limpiaba enfurruñada: no deseaba perder una buena sirvienta y se sentía cada vez más triste al pensar que dejaría de ver a la muchacha. Finalmente, le ofreció un penique de vez en cuando si aceptaba quedarse.

Mientras masticaba un poco de hierba, Alyce sonrió. De ser alguien que no tenía un lugar en el mundo, de pronto había pasado a ser alguien con demasiados lugares. Cerró los ojos y siguió masticando. ¿Qué hacer? «¿Qué quiero hacer?», se preguntó tal como le había enseñado Maese Reese, el hombre que consideró adecuado hacerle esta pregunta a una sirvienta de posada.

En su mente vio la cara salpicada de tinta y los ojos amables de Maese Reese, oyó la alegre voz de Jennet y olió las ricas prendas perfumadas del mercader de Salisbury. Sintió de nuevo, retorciéndose entre sus manos, la maravillosa vitalidad del hijo del mercader. Oía el parloteo alegre de los pájaros haciendo sus nidos en el tejado de la iglesia, vio la cara triunfante de la comadrona instando a un bebé reticente a vivir, recordó la sensación sedosa de los terneros recién nacidos de Tansy y la pegajosa suavidad del bebé llamado Pequeña Alyce.

—Está claro —murmuró, abriendo desmesuradamente los ojos—. Muy claro.

Ella no era una sirvienta de posada ni una niñera ni una acompañante de mujeres ancianas. Ella era aprendiz de comadrona, con la esperanza nueva de convertirse algún día en comadrona. Todavía le faltaba mucho que aprender, y conocía un lugar donde aprenderlo, un lugar frío, duro y desagradable. Pero era su lugar en el mundo

por derecho y, aunque su estómago nunca estaría completamente satisfecho, su corazón encontraría la paz.

Aquella noche soñó que daba a luz un bebé y éste, a otro y así sucesivamente hasta que llegó la mañana.

Por la mañana temprano despidió al mercader y a su familia que partían de camino a Salisbury; deseó buen viaje a Maese Reese y mandó sus respetos a su hermana; abrazó a Jennet y se dirigió a la aldea, con el peine, un trozo de jabón y el pergamino de un gran libro santo dentro de su corpiño, y el gato naranja pisándole los talones.

Poco después, la posada, que se conocía simplemente como «la casa de John, el oscuro», empezó a llamarse El Gato y el Queso, y se anunció con un gran cartel en el que se veía un gato naranja con un pedazo de queso en la pata. Al cabo de unos años nadie recordaba el motivo, aunque el nombre ha prevalecido hasta hoy día.

Caminando hacia la aldea, Alyce, con buenos sentimientos brincando en su interior, empezó a canturrear, después a tararear y más tarde a cantar en voz alta y clara, como un cisne. Algunas de sus palabras no tenían ningún sentido. Otras sonaban bien, y algunas surgían de su interior y contaban qué pensaba sobre la vida y la esperanza y el camino que tenía frente a ella.

—Ven, verano; venid, flores; ven, sol —cantaba Alyce.

—Miau —cantaba el gato.

Alyce llamó a la puerta de la comadrona, sorprendida al comprobar cómo habían crecido las rosas francesas en su ausencia.

—Jane, he vuelto —dijo a la ceñuda comadrona—. Ahora seré una buena aprendiz de comadrona. Conozco los secretos del parto y los niños, sé cantar y cocinar, llorar, reír y leer.

—¿Eso es todo? —preguntó Jane.

—¿No son cualidades excelentes para ser una buena aprendiz de comadrona?

—Claro que lo son, pero ¿eso es todo?

—Eso es todo y aquí estoy.

Pero Jane no la dejó quedarse. Alyce se quedó delante de la casa, con los ojos llorosos y un peso en el corazón. No había contado con esto, solamente había pensado que llamaría a la puerta de Jane y sería bien recibida. No había sido así. Jane no la quería. Y antes de que la mañana diera paso a la tarde y las maravillas de la mañana dieran la espalda al Sol, Alyce, desesperada y confusa, se alejó de la aldea, temiendo que cada paso que daba la llevase de nuevo a esa línea invisible que separaba la aldea del resto del mundo.

El gato se resistía.

—Sé que no quieres irte, gato. Yo tampoco. Pero aquí ya no hay lugar para mí. He intentado volver y he fracasado. No me quiere.

Miau se tumbó, recogió sus patas delanteras bajo la mancha blanca de su barbilla y la miró con sus ojos de zarzamora.

—¿Qué voy a hacer?

Alyce se sentó y escuchó el zumbido de las abejas y el ronroneo del gato. De pronto, se levantó.

—¡Por los huesos del gato! ¡Tienes razón, gato! La misma Jane me dijo lo que quería.

Alyce volvió a la casita con hojas de consuelda, moras y pequeñas fresas salvajes en su falda. Se dirigió a la puerta de la comadrona y llamó con firmeza.

—¡Jane, cuchillo! Soy yo, Alyce, vuestra aprendiz. He vuelto y, si no me dejáis entrar, lo intentaré una y otra vez. Puedo hacer lo que me digáis y tomar lo que me deis. He aprendido a arriesgarme y fallar y volver a intentarlo sin rendirme. No huiré.

La puerta se abrió. Alyce entró. Y el gato entró con ella.

Desde el momento en que una mujer dio a luz ayudada en el parto por otra, surgió el oficio de comadrona. Actualmente, en los países desarrollados la mayor parte de los nacimientos son atendidos por los médicos en los hospitales. Pero esto no ocurre en todo el mundo y, por descontado, no ocurría antiguamente. Hasta el siglo veinte, la gran mayoría de las mujeres que daban a luz lo hacía en sus casas, atendidas por otras mujeres.

A veces, la comadrona era la mujer más vieja del pueblo o la que tenía más hijos. Otras veces, si una mujer no podía conseguir otro trabajo porque era pobre o ignorante, se ofrecía como comadrona a aquellas mujeres que no podían permitirse otra ayuda. Podían considerarse afortunadas las mujeres que eran atendidas por una comadrona comprometida con su trabajo, hábil, con conocimientos del oficio adquiridos mediante la experiencia o el estudio, con paciencia, sentido común y manos limpias.

A lo largo de la historia y según las culturas, las comadronas han sido vistas de maneras muy distintas: casi médicos o casi brujas. En la Inglaterra de la Edad Media, la profesión de comadrona era poco honorable, principalmente por el hecho de ser un oficio para mujeres y practicado por mujeres. Trabajaron sin ninguna supervisión ni normativa hasta el siglo XVI, cuando los esfuerzos de Enrique VIII para centralizar y supervisar la profesión médica llevaron al registro y regulación de las comadronas.

La profesión de comadrona en la época medieval era una combinación de sentido común, conocimiento de las hierbas medicinales y superstición, todo ello transmitido oralmente, por la tradición y el aprendizaje, de mujer a mujer. Las cosas se hacían como se habían hecho siempre, con pocas innovaciones o progresos. Esta sabiduría femenina se consideraba fiable y valiosa, como se ilustra en la novela en la escena en que Jane explica sus conocimientos a Maese Reese para su gran enciclopedia.

Las comadronas, en general, utilizaban su sentido común para ayudar a las parturientas a relajarse, para alentarlas y para aliviarlas tanto física como emocionalmente, y para avisar cuando las cosas iban mal. También invocaban a todos los agentes naturales y mágicos que conocían. Algunas, como Jane, la cuchillo, tenían la experiencia suficiente para saber cómo y cuándo debían actuar. Otras, simplemente, martirizaban a la pobre parturienta con sus intervenciones. La Edad Media no sabía nada de gérmenes, poco de anatomía y demasiado de magia y superstición.

Las hierbas eran las únicas medicinas de que podía echar mano una comadrona. Eran seleccionadas, recogidas, secadas y preparadas siguiendo antiguas recetas y rituales, que tenían en cuenta cuándo habían de ser recogidas, cómo eran sus hojas y flores y qué sabor tenían, así como la influencia de los planetas. Evidentemente, usar plantas bajo la influencia de Marte para tratar dolores de órganos que estaban a su vez bajo la influencia de Marte no tenía efecto alguno. Ése era el caso de las plantas que se empleaban para cortar las hemorragias o aumentar la leche de una madre aduciendo que sus flores semejabán gotas de sangre o de leche. Sin embargo, muchas de las hierbas sí eran efectivas, como la aristoloquia para provocar contracciones, el pie de león para cortar las hemorragias, el ajeno para calmar el dolor y el lúpulo por sus efectos sedantes. Los derivados de algunas plantas utilizadas por las comadronas son usados actualmente en medicina: la belladona para reducir espasmos y calambres, el centeno para estimular las contracciones uterinas, el beleño y la adormidera para calmar el dolor...

Las supersticiones incluían la utilización de reliquias, agua de pozos sagrados, ensalmos y palabras mágicas. La gelatina de caracol para la fiebre del parto y el hígado de anguila para facilitararlo se consideraban remedios útiles, así como las piedras preciosas, especialmente el jaspe, la esmeralda y el rubí, tanto sostenidas por la madre en la mano como trituradas y mezcladas con vino. Si estas prácticas ayudaban no era mediante las intervenciones mágicas, sino por el efecto sedante y reconfortante de la presencia de la comadrona y la fe de la madre en su eficacia.

Sin importar si era hábil y concienzuda, una comadrona era realmente una ayuda en un parto normal, aunque las piedras mágicas y los jarabes de hierbas no podían solucionar un problema grave. A lo largo de la Edad Media murieron de parto muchas madres y niños, como resultado de una nutrición pobre, pocos cuidados, un gran número de comadronas poco diestras y unos conocimientos médicos inadecuados.

Con el incremento de la participación médica en los partos, las comadronas quedaron desacreditadas. Sin embargo, a partir de 1960, se recuperó el interés por esta profesión en muchos países del mundo. La profesión de comadrona ahora está muy regulada y es desempeñada por hombres y mujeres. Hoy en día, las comadronas ofrecen a las mujeres mucho más que unas manos limpias, piedras mágicas y gelatina de caracol.



KAREN CUSHMAN, nacida el 4 de octubre de 1941 en Chicago EE. UU., es una escritora norteamericana de ficción, especializada en literatura para niños. Tiene una licenciatura en griego e inglés de la Universidad de Stanford. Su novela *Aprendiz de comadrona*, ganó la Medalla Newbery en literatura infantil. Además, tiene un master en comportamiento humano. Durante once años fue profesora adjunta en el Departamento de Estudios de Museos en la Universidad John F. Kennedy antes de renunciar en 1996 para escribir a tiempo completo. Karen vive y escribe en la isla Vashon cerca de Seattle, Washington.